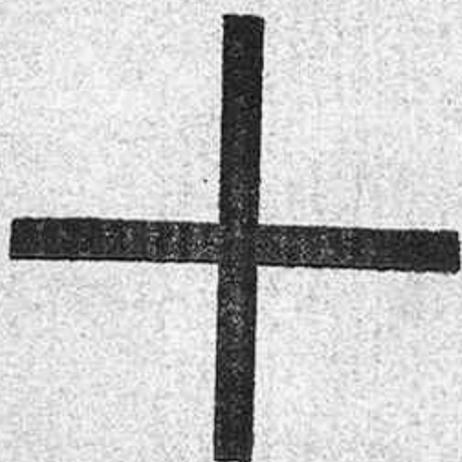


CRUZ Y RAYA

REVISTA DE AFIRMACION Y NEGACION

Mod 28



1935



COPIA 2004 01



10

88

28

CRUZ Y RAYA

S. AGUIRRE, IMPRESOR. — TELÉFONO 30366. — MADRID

CRUZ Y RAYA

REVISTA DE AFIRMACION Y NEGACION

MADRID, JULIO DE 1935

CRUZ Y RAYA

SE PUBLICA TODOS LOS MESES

Director:

JOSÉ BERGAMÍN

Secretario:

EUGENIO IMAZ

Suscripción a doce números:

España, 30 pesetas; Países adheridos a la tarifa reducida de Correos (envío certificado), 35; todos los demás países (envío certificado), 42.

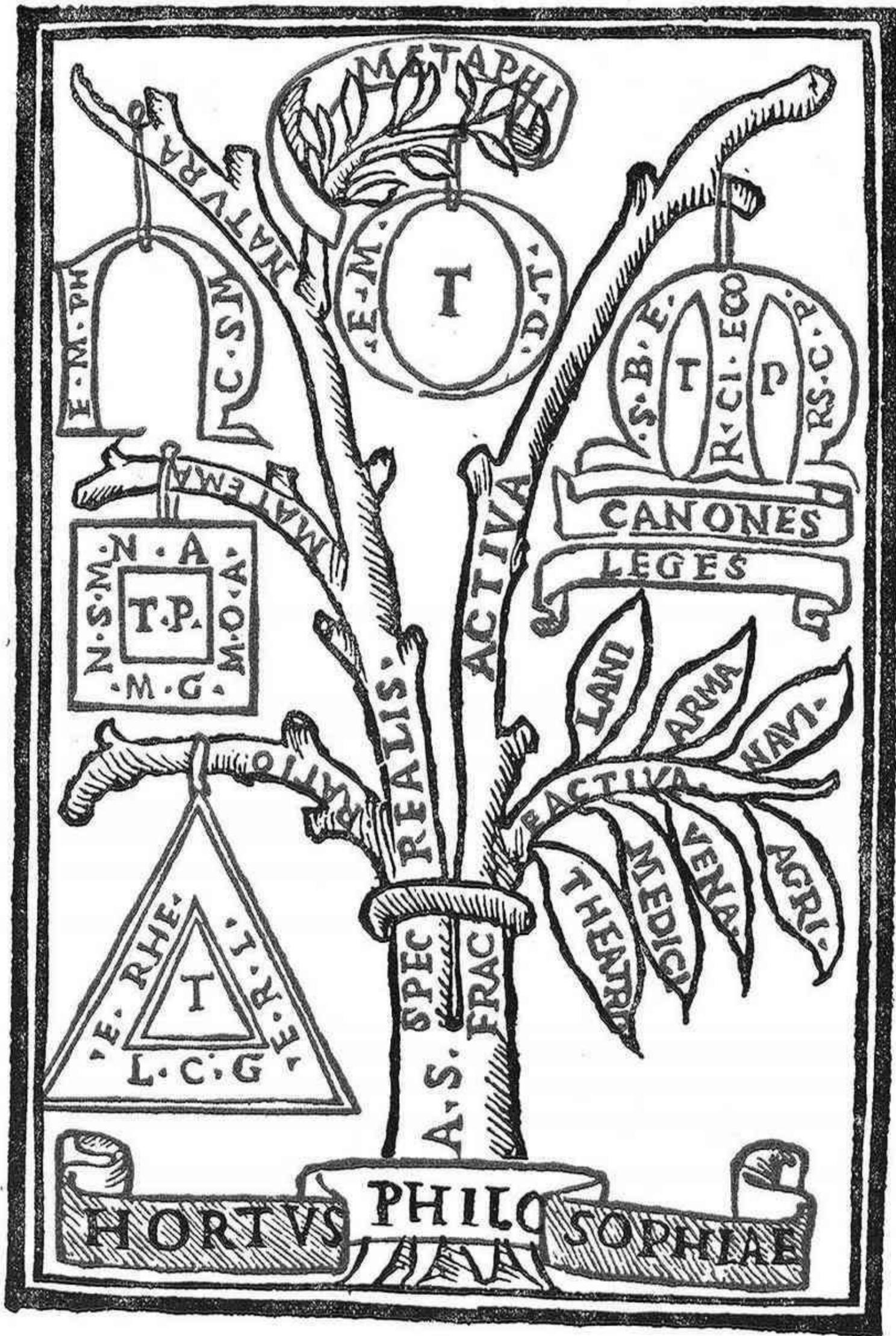
Ejemplar:

España, 3 pesetas; Extranjero, 4.

MADRID

GENERAL MITRE, 5

TELÉFONO 17573



Sumario

*EL ESTADO TOTALITARIO, por Luigi Sturzo
(traducción de A. Mendizábal).*

*NOMBRE Y CARTEL DEL PERSONAJE
Y TRES DE SUS CUATRO MUJERES, por
Antonio Porras.*

CRISTAL DEL TIEMPO

EL CLAVO ARDIENDO

*HABLAR EN CRISTIANO, por José
Bergamín.*

CRIBA

LAS HORAS VIVAS

*SE ANUNCIA UN MUNDO NUEVO...,
por Leopoldo Panero.*

EN MANOS DEL SILENCIO

*POESIAS DE VILLAMEDIANA, pre-
sentadas por Pablo Neruda.*

El Estado totalitario



1

Estado y Poder. Maquiavelo y Lutero.

2

Las doctrinas de la soberanía.

3

Estado, nación, clase (Hegel, Fichte, Marx).

4

Los factores del Estado nacional.

5

Caracterización del Estado totalitario.

6

Incompatibilidad con el cristianismo.

UN nombre de acuñación reciente, cuyo significado puede hacerse remontar a los imperios asirios y babilónicos. El fascismo ha renovado y definido el Estado totalitario: *Nada fuera o por encima del Estado, nada contra el Estado; todo en el Estado, todo por el Estado*. Aparte de tal fórmula, el pasado ha conocido—en teoría o en práctica—concepciones similares. *Leviathan* tiene ya dos siglos y medio de historia.

Y, sin embargo, se percibe una diferencia entre hoy y el ayer; y las confrontaciones de pretéritos Estados, más o menos totalitarios, con los actuales acusan tantos signos de diversidad que nos obligan a definir, en conclusión, la experiencia moderna del Estado totalitario con sus propios e inconfundibles caracteres.

Puesto que no es reversible el proceso histórico, las experiencias del pasado, aun inconscientemente,

se transforman al presente en nuevas individualidades históricas, como nuevas son las generaciones humanas que se suceden y las personalidades que realizan la historia.

Debemos rehuir los esquemas abstractos, tan sólo necesarios para el método escolástico, como para la construcción de una casa o la pintura de una bóveda son necesarios tablones, puentes y andamiajes, que, después de haber servido, requieren ser retirados para no impedir el uso de la casa o el goce de la pintura.

La realidad rechaza los esquemas. Cuando hoy hablamos de Estado totalitario pensamos inmediatamente en la Rusia bolchevique, en la Italia fascista, en la Alemania nazi, en la Turquía quemalista, en un Méjico de semisocialismo y aventura. Ni faltan Estados imitadores: Austria, Polonia, Portugal. Y ya que tenemos que expresar lo general y típico, al menos por comodidad del lenguaje, hablamos fácilmente del *totalitarismo* bolchevique, o fascista, o nazi. Y aun se pudo hacer el honor de un *ismo* a Pilsudsky y hablar de *pilzudskismo*. Si la palabra es dura, su significado nada tiene de dulce.

1

La idea de Estado pertenece a la Edad Moderna. En la Edad Media no se hablaba de Estado, sino de reino y de rey, de imperio y de emperador, de señores y de vasallos, de ciudades y de repúblicas. Queriendo aclarar la naturaleza del poder, se decía poder secular, para distinguirlo o bien para oponerlo al poder espiritual. Los pueblos se llamaban naciones; las clases, corporaciones o gildas; la razón del vivir social se decía comunidad o universidad. Cada grupo tenía su vida, sus libertades, privilegios e inmunidades; y el complejo social se movía como en un mundo viviente de mónadas, en una especie de armonía preestablecida (a lo Leibniz), donde, en verdad, la armonía era preestablecida, aunque no siempre realmente establecida.

Base jurídica de este mundo medieval era la contractualista, de carácter privado y personal. Hasta las relaciones entre el pueblo o la nación y el rey o el emperador se concebían como un contrato, cual recíproco vínculo de fidelidad y lealtad. El rey había de respetar las leyes comunes y los privilegios singulares, de grupos o de personas, y éstos debían a la persona del rey fidelidad y apoyo.

La idea del Estado como entidad de derecho

público, por encima de la comunidad, aún no tenía entonces curso. Es preciso llegar al Renacimiento, atravesar la Reforma y la Contrarreforma para que la idea de Estado tome cuerpo y se imponga a los hábitos mentales, tanto en el lenguaje como en la realidad efectiva.

En Inglaterra, donde el sentido de lo concreto prevalece sobre los hábitos del pensamiento abstracto y donde mejor que en parte alguna se conservan los residuos del pasado, se habla bastante menos del Estado y bastante más de la Corona, del Parlamento o — más corrientemente — de la *Casa de los Comunes* o de la *Casa de los Señores*, del Imperio y del *Commonwill*. Hay todavía en ello un poco de alma medieval. Y sólo cuando se habla de *Church and State* el término *State* es usualmente aducido. Pero la contraposición de los términos *Church and State* es totalmente moderna; en la Edad Media se trataba de Reino y Sacerdocio o de Pontificado e Imperio, de poder secular y poder espiritual.

Como palabra creada por necesidad, la palabra *Estado* nació en Italia para indicar *estabilidad*, precisamente en el punto del Renacimiento en que lo que faltaba a los pequeños principados, ducados y marquesados o pseudo-repúblicas (excepto Venecia) era la estabilidad del poder, la certeza de sus con-

finés y la seguridad de su independencia. Mas como *lucus a non lucendo*, así en Italia entonces se habló de *Estado*.

Todo había de ser elaborado cuando las viejas repúblicas caían, los pueblos se agitaban, españoles y franceses guerreaban en Lombardía, en Roma, en Nápoles y en Sicilia. La idea de poder-fuerza, fuera contra la Iglesia, bastante poderosa, o contra vecinos celosos o extranjeros invasores, o contra los súbditos recalcitrantes, se impuso como medio único para dar estabilidad tanto al Estado como a su jefe, especialmente si era un usurpador, cosa entonces bastante frecuente. La identificación del Estado con el príncipe fué la primera manifestación de la idea de Estado y halló su teorizante en Maquiavelo; él inventó, en política, la *verità effettuale*, después llamada *razón de Estado*; así como en el siglo pasado se inventó la palabra *Realpolitik*, cuyo significado es idéntico. El fin del dominador es la regla a la cual se subordinan los fines de los súbditos. Los medios son indiferentes: tanto mejor si los medios son honestos; pero no pueden excluirse los medios deshonestos cuando sean útiles. La religión es buena para frenar a los pueblos, la moral es útil para el bienestar general; mas por encima de la moral y de la religión está la política, en su sentido de arte de

dominar, de mantenerse firme y de extender el propio poderío. Maquiavelo no es partidario de los delitos; pero, si son ellos los que dan el éxito, Maquiavelo los admira en sus efectos.

Muchos, ayer como hoy, están de acuerdo con Maquiavelo sin quererlo confesar, y aun enmascarando su actitud inmoral con los velos (muy a menudo transparentes) de la fatalidad histórica, del *mal menor*, del interés nacional y hasta del bien religioso. Maquiavelo suprimía estos velos hipócritas, teorizando el triunfo de lo útil, concebido como exigencia preponderante del Estado.

De Maquiavelo a Lutero el salto no es fuerte. Lutero puso todos los poderes, aun los eclesiásticos, en manos del príncipe, ya sin frenos ni vigilancia que pudieran provenir de la Iglesia o del pueblo. Maquiavelo había subordinado los fines de la religión a los fines del Estado personificado en el príncipe. Lutero hizo más: por la teoría del *servo arbitrio* separó la moral de la fe y dejó toda la vida moral y la organización religiosa en manos de la única autoridad secular. Gustó mucho a los príncipes alemanes reunir en sí todos los poderes, tanto más porque los poderes eclesiásticos eran entonces extensísimos y bastante provechosos en su aspecto fiscal. Lo mismo hicieron todos los príncipes refor-

mados. Los demás, los príncipes fieles a Roma, aun respetando (hasta cierto punto) la autoridad del Papa, se tomaron tales libertades en materia de derecho eclesiástico y de régimen fiscal que rivalizaban con los disidentes. Eran frutos del tiempo.

2

La experiencia de casi un siglo de maquiavelismo, por un lado, y por otro de cesaro-papismo reformado, o no reformado – que tuvo luego los nombres famosos de galicanismo, febronianismo, josefismo y regalismo –, despertaba la necesidad de una teorización, a la que no podían satisfacer el empirismo de Maquiavelo ni el *servo arbitrio* de Lutero.

La teoría de la *soberanía* hizo su aparición sistemática con los *Seis libros de la República*, de Juan Bodino (1575). Para él, la soberanía es *la potencia absoluta y perpetua de una república*; algo existente por sí, que proporciona el fundamento al Estado. Es el poder de dar leyes sin quedar a ellas obligado; al contrario de lo que se creía en la Edad Media: que la ley era superior al poder y sujetaba a sí tanto a los soberanos como a los pueblos.

No se crea que la doctrina de la soberanía (con

o sin tal nombre) no había tentado a legistas y canonistas de la Edad Media y que reyes y emperadores—antes de Maquiavelo y de Lutero—no se habían considerado por encima de las leyes. Pero una cosa es el serpentear de una teoría, adaptándose a las condiciones históricas y a la atmósfera del tiempo, y otra es que se convierta en interpretación aceptada por los más y base de la vida social.

En la Edad Media la doctrina de la soberanía se generalizó, a pesar de la oposición primera—desde distintos puntos de vista—de monarcómacos, dominicos, jesuítas y calvinistas. Y en la segunda mitad del siglo xvii, quienes más, quienes menos, todos la aceptan. Revestida de carácter divino, la soberanía se convierte en derecho divino de los reyes. Bossuet, como teólogo, teoriza tal derecho en forma galicana; los teólogos protestantes y anglicanos lo sostienen en su doble absolutismo civil y religioso; Roma se opone a unos y a otros para salvaguardar los derechos de la Iglesia; ella también, implícitamente, tutelaba los derechos del pueblo, cuando casi todos los habían olvidado.

Sobreviene entretanto aquel iusnaturalismo que edificaba la sociedad más sobre la naturaleza abstracta que sobre Dios. Preexistía ya la tendencia del naturalismo panteísta, y el absolutismo del rey se

iba laicizando. El derecho divino, repudiado por la doctrina católica, no encontraba expresiones adecuadas en la cultura naturalista; pero el iusnaturalismo llegó a tiempo para transformarlo. Los hombres en un estado presocial casi *belluino* eran incapaces para formar una sociedad y para darse una ley. Y cedieron su soberanía potencial a un jefe (o éste se la hizo ceder por fuerza) de manera completa e irrevocable. Así se salva la soberanía absoluta del monarca, aunque derive de la soberanía del pueblo. Es Hobbes quien lo atestigua.

Mas la otra corriente iusnaturalista, que partía de la naturaleza humana presocial buena y feliz, no encontraba razones esenciales ni conveniencias políticas en esa cesión total e irrevocable de la soberanía popular. Al contrario, entendía que los monarcas habían usurpado los derechos soberanos del pueblo, inalienables e indivisibles, según Rousseau. Entre ambas se formó la corriente media de la soberanía absoluta del pueblo con obligada delegación en representantes revocables o reelegibles a plazo fijo.

No estaba la novedad en el tipo de gobierno. El poder de uno solo (monarquía) y el de pocos (oligarquía) y el del pueblo (democracia) eran ya conocidos en la antigüedad y en la Edad Media. Lo

que daba idea exacta de la nueva concepción política era ante todo la ilimitación del poder: una soberanía que no tiene otros límites fuera de sí misma.

La soberanía monárquica de derecho divino tenía sus límites en la relación personal entre el monarca y Dios; si el monarca invertía los términos, creyéndose un semidiós, nadie podía impedirle ese para él no difícil paso. La soberanía monárquica de derecho natural debía hallar sus límites en la ley natural; pero siendo el monarca intérprete único de esa ley, el pueblo (del cual se hacía derivar la soberanía por acto único e irrepetible) no tenía modo de llamar al soberano a una interpretación menos arbitraria. La soberanía popular, a la manera de Rousseau, no reconocía límites fuera de la voluntad colectiva, que es ley a sí misma. Que se resolviese en ley de la mayoría o en ley de los representantes o delegados, según las diversas formas prácticas de organización de la democracia, nada quitaba al absolutismo de una soberanía sin otros límites a ella exteriores.

3

Por lo demás, *latebat anguis in herba*; soberanía de derecho divino a lo Bossuet, o soberanía iusnaturalista a lo Hobbes, o soberanía popular a lo Rousseau, en su ilimitación presuponían, favorecían y consolidaban la entidad extrapersonal, objetiva y superior a todas: *el Estado*.

Para pensar y expresar las cosas colectivas tenemos que reducirlas a ideas formales o abstractas, y luego retornar a las cosas concretas y reconocerlas, mediante aquellas ideas, en su realidad y unidad efectiva. Pero mientras las ideas de comunidad, universidad, *res publica*, reino, mantienen como predominante la idea de sociedad, que vale tanto como asociación de múltiples individuos para un fin común (también iglesia, del griego *Ecclesia*, asamblea, reunión, tiene origen y significado de sociedad), la idea de Estado escapa del concepto societario y se fija en el objetivo de realidad estable, soberana y potente; se trata de soberanía y también de potencia.

Poco a poco el Estado se situaba como un origen (el origen de todos los derechos) o como un fin (el fin de toda la actividad pública) para la conservación y el aumento de la propia potencia. La ra-

zón de Estado tuvo esta significación: subordinar todo a la grandeza del Estado. Los esfuerzos de Botero para *catolicizar* la razón de Estado no sirvieron más que para arrojar una sombra sobre el catolicismo, como si, aceptando la razón de Estado-católico, justificase con fines religiosos los medios político-mundano-utilitarios y en el fondo inmorales que usaban soberanos católicos de entonces.

Todos se aplicaron a concebir el Estado como una realidad por encima de los hombres, y la soberanía como una voluntad superior que realiza los fines del Estado. Cuando Luis XIV dice *El Estado soy yo* no trata de colocarse por encima del Estado, sino de reasumir en sí los intereses del Estado y realizarlos con su voluntad. Por ello escribía justamente H. Laski (en el *Daily Herald*, para el 450 aniversario del nacimiento de Lutero) que, sin Lutero, Luis XIV no hubiera sido posible.

La idea de Estado no puede ser la última ni la definitiva. Reclama todavía otra realidad que la substancie. En los tiempos del derecho divino se ofrecía, bien o mal, la idea de Dios tras del Estado, y tal idea llevaba consigo – implícitamente al menos – la de pueblo. El clero se esforzaba en hacer evidente ora la una, ora la otra idea, aunque no siempre lo lograba, como acaeció al clero galicano y al josefino.

Llegada la *Enciclopedia*, se pone tras del Estado la idea de naturaleza o humanidad. Mas la naturaleza y la humanidad, creadas por Dios, en cuanto se separan de Dios se quedan en ideas abstractas, sin una consistencia real. Y en busca de un punto de apoyo se desarrollaron tres concepciones, las tres que han orientado la política del pasado siglo y hasta nuestros días.

Primeramente, la concepción de Hegel: el Estado no es otra cosa que manifestación del Espíritu, y aun la más perfecta manifestación; el Estado es en sí mismo Etica, Derecho, Poder. Una especie de encarnación divina, en la cual la idea de poder se identifica con la idea de Dios.

Pero, ¿qué Estado había entonces en Alemania que pudiera seriamente decirse *creatura del espíritu absoluto del mundo y voluntad de poder*? Fuera de Prusia, todos los demás Estados y Estaditos podían designarse meramente como manifestaciones de la mediocridad de sus tiranuelos y de los chismosos de sus cortes. Vinieron las guerras napoleónicas a levantar en Alemania el espíritu nacional, del que Fichte se hizo el filósofo-profeta. En la nación, según él, sólo en la nación, lo eterno se hace visible; su grandeza es grandeza moral que aspira a la señoría del espíritu. El Estado-nación como desarrollo

de toda la cultura de un pueblo es, para Fichte, la *autorrepresentación de Dios*.

Estamos en la línea de Hegel, pero transportada del Estado a la nación. Cuando Bismarck realizó la unidad germánica, Bélgica había readquirido su personalidad, Italia—poco antes—logrado su unidad, los pueblos balcánicos estaban conquistando su propia independencia. Los principios de nacionalidad, de independencia y de unidad venían así a ofrecer base política a la idea de nación-potencia-cultura, de la cual era el Estado el instrumento jurídico-militar.

Más que con las teorías, Francia desarrolló la idea de nación, en oposición al iluminismo humanitario, con su tercer estado o burguesía, con la conscripción militar y las guerras napoleónicas, con la democracia y las sacudidas reaccionarias, bonapartistas y clericales. Jamás renunció a la idea de Estado, porque Estado y nación coincidían; y respaldando al Estado puso, según las ocasiones, el pueblo o la nación. Pero pueblo y nación no precisaban mitos para sostenerse; la idea de patria era allí suficientemente antigua, y vivificada por un sentimiento constante. Ha sido el nacionalismo maurrasiano el que ha conducido a algunos franceses hasta el límite de un misticismo positivista.

Jamás perdió Inglaterra el buen sentido pragmático, ni cuando sus filósofos siguieron el verbo de Hegel y las exaltaciones de Fichte. Teóricamente, y a menudo prácticamente, prevaleció allí el utilitarismo mezclado a un moralismo no del todo aparente. Bastaba sobre los mares la bandera británica y en las colonias la corona; cada uno en su casa se sentía libre y dueño de sí, sin apoyarse en el Estado ni fabricarse el mito de la nación-divinidad. Más que en las teorías, la nación estaba viva en su historia y en su imperio.

Durante la afirmación de la idea nacional, otra corriente se iba desarrollando por todas partes, rechazando, por la clase, al Estado y a la nación: la corriente socialista, llevada a la altura de una teoría por Carlos Marx. La clase proletaria destruiría el Estado burgués y la nación militarista al advenir de una economía colectivista. El materialismo histórico sustituyó al proceso histórico de la idea de Hegel, la lucha de clases sustituyó al dinamismo nacional, la economía-trabajo organizado sustituyó al Estado-poder. El movimiento socialista-marxista rompió la unidad de los sentimientos nacionales y creó una zona internacional en el seno de cada nación.

Hegel, Fichte, Marx: tres alemanes sintetizan el



esfuerzo europeo del siglo XIX para dar un significado, un contenido, una finalidad absoluta y casi divina al Estado, a la Nación, a la Clase.

4

A lo largo del siglo XIX dos sistemas se desarrollaron en torno a la concepción del Estado nacional: el sistema liberal y el autoritario. El primero fué o conservador o democrático; el segundo, o absolutista o paternalista. No se tomen a la letra estas palabras para indicar tipos fijos: con ellas se designan sólo las tendencias prevalecientes.

Lo que importa a nuestra indagación es el hecho de que lo mismo tras la enseña de la democracia, a la francesa, que tras el autoritarismo bismarkiano o guillermino, se encuentra el Estado nacional. Únicamente el Imperio austrohúngaro no podía llamarse en verdad Estado nacional, llevando en su seno el germen de la disgregación, por las diversas y divergentes nacionalidades que lo componían.

Bajo cualquier clima fueron caracteres dominantes del Estado nacional el centralismo siempre creciente, el militarismo fundado sobre la conscripción y los ejércitos permanentes, la escuela de Estado

como medio de crear un conformismo nacional. Para Francia fueron estos caracteres herencia de la Revolución y del Imperio napoleónico; para Alemania, herencia de la Prusia de Federico; para Italia, medio defensivo de la unidad reciente e imitación francesa; para España, intento de superar el particularismo dinástico y autonomista y el influjo de la Iglesia; para Austria, exigencia de la casa de Habsburgo y del predominio austríaco y magiar. Los demás países europeos vivían en el mismo ambiente, si no con las mismas necesidades.

La economía liberal y el internacionalismo obrero habrían debido desarrollar bastante más vivamente el sentido cosmopolita, en contraste con el nacionalismo, y no dejaron de dar a ello impulso la facilidad de comercio, la comunidad científica, la difusión de la prensa y la organización del trabajo. El libre cambio fué una fase pronto superada por las protecciones aduaneras, primero tímidas, luego amplísimas, en provecho de la llamada economía nacional. La prensa periódica perdió bien rápidamente el carácter libre e individual, para convertirse en empresa más o menos capitalista o para vincularse a las empresas industriales. La Internacional obrera estuvo siempre minada por el particularismo local, excepto la rama extremista y

anarcoide, siempre pobre de hombres y de medios. Y si los diversos socialismos negaban el Estado nacional por burgués, no hubieran rehusado un Estado nacional que fuese proletario.

Sin desconocer la preferencia entonces mostrada por los Estados autoritarios, la Iglesia luchó, desde el punto de vista religioso, contra la centralización política que implicaba limitaciones a su misión, contra la conscripción obligatoria y la carrera de los armamentos, que traía un riesgo de guerra; y sobre todo contra la escuela de Estado, que se presentaba como un peligroso monopolio y un medio de descristianización popular en nombre del Estado. La Iglesia acentuó la lucha contra el liberalismo, por razones teóricas y por posiciones prácticas que defender; pero su lucha substancial fué contra el Estado nacional, que la sobrepujaba.

Prueba del fuego para las concepciones políticas y los sistemas del siglo XIX fué la Gran Guerra. Cayeron imperios y se mudaron formas de gobierno; mas a todas las mutaciones y subversiones de la guerra y de la postguerra resistieron los reales factores del Estado nacional: centralización, militarismo, escuela de Estado y tarifas aduaneras. La Alemania de Weimar había reducido su ejército al mínimo consentido por los tratados, pero el milita-

rismo permanecía intacto y se desarrollaba por vías clandestinas hasta surgir a plena luz. Desde los nuevos Estados bálticos a los balcánicos, la locura militarista prendió en todos; y aun donde no hay ejércitos regulares no faltan escuadras armadas, juventudes militarizadas, milicias políticas negras, rojas, azules o pardas.

Para vencer su debilidad constitutiva, los nuevos Estados imitaron la centralización de los viejos, que no han dejado de aumentar su burocracia central y los gastos de su presupuesto. La escuela es ahora, mucho más que antes de la guerra, campo de conquista política; y las tarifas aduaneras han alcanzado alturas vertiginosas. Hasta Inglaterra ha arrojado al mar el libre cambio.

En fin, y aparte de las razones particulares, en dieciséis años, de 1917 a 1933, Europa ha conocido entre todas las otras duras experiencias una Rusia bolchevique, una Italia fascista y una Alemania nazi; tres grandes Estados totalitarios de carácter diferente, pero los tres de tipo nacional y basados en la centralización administrativa y política, en el militarismo, en la escuela monopolizada y en la economía cerrada.

¿Cuáles son las diferencias y cuáles las convergencias substanciales entre esos Estados totalitarios y los Estados nacionales todavía existentes? Por referencia a los cuatro principales factores comunes podemos precisar las diferencias:

a) La centralización administrativa en el Estado totalitario llega a su límite: supresión de toda autonomía municipal y provincial y de cualquiera otra entidad pública o semipública, obras pías, asociaciones culturales, Universidades.

La centralización, en el Estado totalitario, invade el campo político, que, bien o mal, en los Estados nacionales, todavía bajo la enseña de la democracia, es un campo disputado. El ejecutivo se convierte, de derecho y de hecho, en suma de todos los poderes, aun de los del jefe del Estado (en Rusia y en Alemania el jefe del Estado y el jefe del Gobierno son la misma persona). La independencia de los cuerpos legislativos y judiciales desaparece totalmente, y, en fin, el mismo Gobierno se reduce a cuerpo subordinado al jefe, hecho dictador con el nombre de Duce, Mariscal o Führer. En su mano tiene una policía política que funciona con una organización vastísima de espionaje, cual

ni siquiera Napoleón supo inventar. La *GEPU* rusa y la *OVRA* italiana han logrado bien terrible fama.

Para poner en acción el mecanismo del poder central absoluto, ilimitado y personal, necesariamente había de suprimirse toda libertad política, civil, individual y colectiva, de entidades y de partidos. Medio adecuado, el partido único (la expresión misma es vacía de lógica), una facción armada dominadora, sea comunista, fascista o nacional-socialista. Todo otro partido, suprimido; todo movimiento independiente, reprimido; todo adversario, desterrado. En Rusia se suprimen las clases aristocráticas y burguesas; en Italia, los partidos de oposición; en Alemania, aun las razas diversas, haciéndose crimen político el contraer matrimonio con hebreo y causa de incapacidad civil el tener un hebreo por antepasado. Así se va constituyendo una categoría de ciudadanos sin derechos, una especie de ilotas. La furia de la lucha lleva a instituir tribunales excepcionales, campos de concentración, lugares de confinamiento; las prisiones rebosan, los desterrados se cuentan por centenas de millares, los deportados ya no se cuentan, como innúmeros son aquellos de quienes nada se sabe. Y no se crea que estas son medidas excepcionales del momento revo-

lucionario. El Estado totalitario no admite que puedan existir adversarios. Hace dieciocho años que los Soviets fusilan, condenan a trabajos forzados y deportan a Siberia; como Italia aun hoy continúa haciendo funcionar el Tribunal Supremo para la defensa del Estado y la institución del confinamiento. En Alemania, la *depuración* del 30 de junio de 1934 fué un episodio bastante significativo de los métodos terroristas de las modernas dictaduras para mantenerse en el poder, contra amigos y enemigos.

En suma, que la centralización administrativa y política en los Estados totalitarios se liga por necesidad de existencia a la supresión de todas las autonomías, de las libertades civiles y políticas y del *habeas corpus*, a los más refinados sistemas de policía y espionaje, a las represiones violentas y sangrientas, a la eliminación del adversario y del disidente, a la intolerancia de cualquier diversidad y a la imposición externa e interna del conformismo político.

b) Todo esto se hace posible desde el momento en que el poder dictatorial tiene en su mano al ejército y a la marina y llega a militarizar al país. Aun los llamados Estados democráticos están militarizados en el sentido de tener la conscripción militar, fuertes ejércitos y marinas poderosas. Pero

normalmente se trata sólo de cuerpos técnicos que no interfieren en la política, son extraños a los partidos y cooperan con cualquier Gobierno para los intereses de la defensa nacional. No faltan en el pasado episodios que muestran tendencias políticas en los jefes del ejército: notorios fueron el movimiento boulangista y el asunto Dreyfus en Francia y los pronunciamientos en España. Pero aun esto entraba en el juego libre de las fuerzas políticossociales en contraste.

En los Estados totalitarios la posición es diversa. Se militariza el partido, éste se sobrepone al ejército, o bien el ejército se alía con el poder y las dos fuerzas armadas se unen o se funden. La juventud llega moral y disciplinariamente militarizada, la vida colectiva se siente como una vida militar; sueños de revancha o de imperio, luchas interiores y exteriores, agitan todo el complejo social. En Italia se comienza — a los seis años de edad — por ser inscrito en los *Figli della Lupa*, para convertirse luego en *Balilla*, *Giovani italiani*, *militi*, y así hasta los cincuenta y cuatro años. El partido es una milicia, los maestros de escuela y los profesores tienen grados e insignias militares. Se hace la educación de las armas para toda la vida y el arma homicida es constante compañera; las paradas militares, los

ejercicios de campo y de carrera ocupan buena parte de la actividad de los jóvenes y de los adultos.

Hoy Alemania se arma no sólo para afirmar la paridad de derecho y de hecho con las demás naciones, sino por una exaltación mística y morbosa de la fuerza y del destino de la raza nórdica teutónica. Cada alemán es un soldado.

Rusia asimila el objetivo de defender el Estado con el de defender la revolución y la ideología bolchevique y propagarla por el mundo. El comunismo es la palabra de salvación para los rusos, como el fascismo para los italianos y el nacionalsocialismo para los alemanes. Palabra de salvación que han de llevar al mundo con la propaganda y con la fuerza, como Mahoma cuando por la palabra y por la cimitarra sometía los pueblos a su nuevo evangelio.

c) Para lograrlo es menester una enseñanza de Estado, rigurosamente monopolizada. El monopolio escolar ha sido durante más de un siglo, y es aún, la empresa más importante para un Estado nacional. Napoleón fué el primero en organizar (desde la Universidad hasta la enseñanza primaria) la escuela para el Estado, asignándole esta finalidad directa. Mas casi siempre se ha tratado de conciliar el monopolio de la escuela con la libertad de pen-

samiento, aun en materia política. En general, la lucha fué contra la Iglesia, explícita o implícitamente, y la Iglesia combatió por la más completa libertad escolar.

Por su misma naturaleza el Estado totalitario ha de atravesar las fronteras hasta hoy respetadas: todos deben creer en el nuevo Estado y deben aprender a amarlo. Ni una idea contraria, ni una voz disidente. Desde las escuelas elementales hasta las universitarias, no basta el conformismo sentimental, se exige la dedicación intelectual y moral más completa, el entusiasmo de la fe, la mística de una religión. Por ello el comunismo, el fascismo, el nacionalsocialismo tienden a convertirse en religiones.

No basta la escuela para crear tal estado de ánimo. Circundándola plenamente, el libro oficial, el periódico estatizado y standardizado, el cine, la radio, el deporte, las asociaciones escolares, los premios, todo aparece no sólo controlado, sino dirigido a un fin: el culto del Estado totalitario bajo la enseña de la nación, de la raza o de la clase.

Para solicitar el consenso público, para excitar ese espíritu colectivo de exaltación, toda la vida social queda sometida a una continua movilización en paradas, fiestas, cortejos, plebiscitos, ejercicios

deportivos que hieran la mente, la fantasía, el sentimiento de la población.

Sería demasiado genérico el culto del Estado, de la clase o de la raza; y se impone el hombre, el héroe, el semidiós. Lenin tiene hoy un gigantesco mausoleo y se ha hecho para los rusos su Mahoma laico. Mussolini y Hitler se rodean, para guardarse personalmente, de una nube de policías. Actúan y se expresan en la forma adecuada para herir el sentimiento de las multitudes; sus personas son sagradas, sus palabras como de profetas. Hitler pasa entre dos densas filas que por su distancia hacen destacar más su persona, que emerge aislada; y se presenta con la faz iluminada, los ojos hacia el cielo y las manos alargadas y tendidas adelante, como las de un redentor. Mussolini ha inventado un rito casi mágico. Es invocado un cierto tiempo por la multitud: *Duce! Duce! Duce!*, con voces crecientes, crecientes hasta el espasmo; y luego nuevamente débiles, y crecientes, crecientes, hasta que por fin, llamado por furiosos *Duce! Duce! Duce!...*, aparece a la muchedumbre en el estallido de los aplausos.

d) Todo esto exige, por un lado, un dispendio enorme de dinero, una finanza de lujo; y por otra parte obliga a un régimen económico cada día más controlado y riguroso. Como todas las energías mo-

rales deben converger al poder del Estado, así las fuerzas de la economía. Los Estados democráticos tuvieron un mediano sistema: reforzar las industrias nacionales con las tarifas y, al mismo tiempo, dejar libre la iniciativa privada. El Estado totalitario somete a sí el capital privado (como en Alemania) o contrae con él una estrecha alianza para llegar a mantener un cierto equilibrio político entre las clases (como en Italia), o bien el Estado mismo se hace capitalista (como en Rusia). Es imposible que el Estado totalitario consienta la libertad económica, sea a los capitalistas o a los obreros. Sindicatos libres, de los unos o de los otros, no podrían hallar lugar, que no lo hay más que para sindicatos y corporaciones de Estado, privados de libertad de movimiento, controlados y organizados en el Estado y para el Estado. La economía dirigida es el primer estadio de una transformación radical del sistema económico.

Si son o no ventajosos la economía dirigida y el sistema cerrado, es problema que no puede examinarse con independencia de un régimen estatal dado, porque le es estrictamente conexo. El bolchevismo se ha presentado a un tiempo como régimen comunista en economía y totalitario en política. El fascismo ha ido por grados y por vía de experimen-

tos, tanto en política como en economía, y se ha detenido en una economía dirigida y estatal, revestida de un corporatismo hasta ahora aparente y verbal. Alemania, en plena crisis financiera y gravada por las deudas exteriores, ha instaurado conjuntamente el régimen totalitario y el socialismo de Estado.

Sería preciso otro estudio de análoga amplitud para profundizar el tema de la economía en los Estados totalitarios; mas por ahora aún estamos en los primeros pasos, y los experimentos actuales no dejarán de producir sorpresas.

6

Estos aspectos del Estado totalitario nos llevan a referirnos a tres problemas de primordial interés para nuestra civilización:

1) El primero es el de la libertad, mirada no sólo como complejo de derechos políticos y como participación del ciudadano en la vida del propio país, sino ante todo como autonomía de la propia personalidad, como seguridad de los propios derechos, como garantía de la propia actividad, sea temporal o espiritual. Los Estados totalitarios anulan

la libertad política y reducen la libertad personal, por la ingerencia del Estado en las actitudes del pensamiento, en la ética y en la religión.

2) Envuelve tal hecho el gravísimo problema de la supremacía de lo espiritual sobre lo temporal, de los fines éticos sobre los políticos y, para nosotros los cristianos, de los fines de la religión y de lo sobrenatural sobre los fines naturales del Estado. La resolución de tal problema fué dada por Pío XI desde 1926 (y remachada después en la Encíclica *Non abbiamo bisogno* de 29 de junio de 1931) a propósito del Estado totalitario fascista, cuando dijo, en público consistorio, que *no es el Estado el fin del hombre, antes bien es el hombre el fin del Estado.*

Podrán las relaciones entre Iglesia y Estado ser jurídicamente reguladas, como en Italia desde 11 de febrero de 1929 hasta ahora; o turbadas y en plena controversia, como en Alemania, no obstante el Concordato de 1933; o francamente rotas y anuladas como en Rusia; todo ello pertenece a la fenomenología político-histórica iniciada hace diecinueve siglos con la venida de Jesu-Cristo y la degollación de los inocentes. Aparte de ello, la incompatibilidad entre Cristianismo y Estado totalitario es evidente en las premisas históricas de la concepción del Estado, que siempre ha mostrado la tendencia

hacia un monismo social-político, con daño de la personalidad humana y de las razones del espíritu, y es más evidente aún en las premisas lógicas del *totalitarismo*, que se realiza por la exaltación mística de un principio suprahumano: lo absoluto de la clase, de la nación o de la raza.

3) Así se va a la perversión de la civilización cristiana, porque a las relaciones de justicia (en una sólida concepción del derecho privado y público, interno e internacional) les suprime el fundamento de la ética natural y en su lugar instauro el principio de la eticidad intrínseca del Estado. Los singulares individuos no son ya súbditos ni ciudadanos, sino sólo gregarios, número de una férrea colectividad, que obran éticamente si actúan dentro de los fines del Estado. La individualidad se pierde en la pancolectividad designada con los nombres simbólicos de nación, clase o raza.

Cada ética exige una religión; la ética subjetiva nos da la divinización del yo; la ética naturalista puede llegar a la divinización del *totem* y al culto mágico; la ética estatal a la divinización del Estado y de las ideas que en el Estado se creen hipostasias, como la raza, la clase o la nación. Sólo la ética cristiana nos afirma y nos hace participar en la divinidad de Cristo.

Desde Maquiavelo y desde Lutero en adelante, el Estado ha recorrido todo el camino para convertirse él mismo en una divinidad. El Estado totalitario es la forma presente más clara y explícita del Estado panteísta.

LUIGI STURZO

Londres, mayo 1935.

Traducción de A. MENDIZÁBAL

Nombre y cartel del personaje
y tres de sus cuatro mujeres

Un personaje extravagante. – A oscuras. – Isabel. – Presencia de la sombra. – Un hombre y una mujer. – Bultos y claridades. – El gozo sin pozo. – Cambio de suerte. – Doña Ana. – Engaño y burla. – Truco y trueque. – El gran burlador de España. – Nueva presencia de la sombra. – Razón y mentira. – Tropiezo con la muerte. – Aminta y Doña Aminta. – Globos.

ES sabido que existe un hombre extraño, excéntrico; un hombre que dicen vive de tal manera y lleva a término hechos tan extraordinarios, que su vida toda discurre fuera del área limitada, por ley y por costumbre, como región única de lo habitable. Porque hay una norma que ha preceptuado el desde dónde y hasta dónde de los actos humanos españoles en torno a 1600. Hacer algo fuera del precepto es desampararse, perder la protección y defensa del ordenamiento. Hacer algo contra el precepto es rebelarse.

Y esta rebelde excentricidad del personaje ocasiona una doble extrañeza. Él se ha situado fuera de lo acostumbrado, poniéndose en un plano que llama la atención; la gente se ha fijado en él y le choca, lo que quiere decir que algo que no tiene en sí la gente, o en que la gente no había caído, viene a darle desde fuera en la propia nariz-choque. Pero es que el extraño personaje, para adoptar su

extraña actitud, ha debido a su vez extrañarse de algo, a saber: de lo que le rodea, del mundo en que está forzado a vivir. Y para que esa doble extrañeza se produzca, el personaje tiene que ser lo que se dice un carácter, o sea *muy él mismo*, si ha de poder percibir y producir el choque de aquello y sobre aquello entre lo que vive; más claro: el personaje ha debido ensimismarse por el procedimiento que sea.

Y el deseo de conocer al personaje excéntrico, rebelde y extraño crece. Uno puede verlo surgir y actuar ante sus ojos desde su primera salida al mundo.

Un poco de atención, su revelado es prodigioso:

Isabela.

Sombras, completamente en sombras; no hay el menor rastro de luz; el silencio impera: es la plenisima total ausencia de luz y de sonido. El espectador, recoleto e inmóvil, es todo atención tensa y minuciosa. Sin el espectador diríase esto una estancia en la nada.

Han transcurrido unos instantes. La atención muy aguda del espectador ha tensado al extremo

límite el parche limpio y mondo de la sombra, hasta el punto de que parece va a rasgarse de un momento a otro. En esta lisura extrema y sensibilidad ultrafina de membrana acústica se escucha un levísimo ruido. La atención aumenta hasta hacer palpitante el corazón. Pero no es el golpear del corazón propio lo oído, sino pasos que han avanzado rápidos y ágiles. Y ahora hay en la oscuridad todo un mundo de sonos en preludio.

De pronto se oye una voz de mujer que dice muy quedito: *Duque Octavio* —la atención del espectador o escuchador, ahora, se concentra hacia donde la voz ha sonado, y continúa—, *por aquí podrás salir más seguro.*

Qué dulce voz en sordina la de esa mujer; qué voz melosa, acariciante y buscadora de la seguridad en que el duque Octavio escape de allí sin ser notado. Ella le debe llevar a él la mano, o el brazo, bien prendido; ella debe de tener en todo el cuerpo un regusto de sensaciones inefables.

Hay una pausa en el sonar de pasos; deben haber llegado cerca de la salida, o simplemente que ella la dilata ya cercana, un instante más, porque en la superficie del silencio emerge ahora y se abre bien maduro un suspirito tenue y gustosísimo. Al suspirar la mujer se ha ceñido al caballero, contes-

tando éste a la demanda muda: *Duquesa, de nuevo os juro de cumplir el dulce sí.*

Suenan otra vez los pasos, espaciados ahora y trenzándose con dulces exigencias de ella, para que le reiteren el ofrecimiento de lealtad y matrimonio. La caricia varonil se acentúa, y, por lo que se adivina, es ya tal el goce de la dama, que, aun a riesgo de ser vistos, quiere que la dicha le entre por los ojos: *Quiero sacar una luz,* dice, y la otra voz responde tranquila: *Mataréte la luz yo.*

Ella se sobrecoge, porque en ese dicho hay una cosa indefinible y extraña. Y lo extraño del dicho le hace caer, ahora, en lo extraño de la voz. Por eso tiembla la voz de la mujer: *¿Quién eres, hombre?* Y la voz de él, plena ya de sonido y sin recato, le contesta: *Un hombre sin nombre.*

Esa es la voz del personaje extraño, excéntrico y rebelde. La voz lleva en sí algo de terremoto, y en su estela saltan las astillas agudas que son los gritos y ayes de la duquesa que demanda auxilio. Y todo en la más completa sombra.

Un presuroso andar ha sonado fuera. Se percibe en lo oscuro ese tirón de aire que da una puerta al abrirse, y en el mismo instante las figuras de una elegante dama y de un hombre embozado danzan a la vacilante luz de unas bujías puestas en un can-

delabro, que avanza en la mano de un hombre que tiene silueta de gran caballero. A la luz ya, las tres figuras quietas. El embozado recata su rostro; está erguido con altiva serenidad, quieto, y en su perfil se nota la tensión de estar apercebido a todo. El del candelabro avanza un paso para iluminar a las figuras: ella es ¡la duquesa Isabela! Silencio. El talón del que alumbra suena duro con sonar de sorpresa e iracundia. La luz le ha dado en pleno rostro y la dama se ha inclinado al verle, como un tallo quebrado. Quietas las tres figuras. Se ve ya bien que el lugar es la antecámara real y que es el propio rey de Nápoles quien sostiene en la mano el candelabro. El embozado sigue quieto e impertérrito. El rey pone con violencia su luminaria sobre una mesita. Oscila una de las velas, que queda ladeada y chorreante, y la dama palatina, que es la duquesa, se dobla más, soltando hilos de contenido llanto. En el embozo del hombre hay una tenue vibración; ¿es que ríe?

Duro el ceño real. El rey, perplejo aún, hiere el silencio preguntando quiénes son, y el embozado contesta con un respeto que, por acentuado y sereno, tiene un buen dejillo de ironía: *¿Quién ha de ser? Un hombre y una mujer.*

¿Está esto claro, Majestad? Esa que tienes delan-

te es la misma que ves; tus ojos sorprendidos no te engañan; es, en efecto, la duquesa Isabela, alta dama de tu corte. ¿Parece mentira? Pues no lo es; tus ojos ven con claridad perfecta, es ella misma. ¿Por qué lo preguntas? ¿No ves que al preguntar hay que responder con toda la verdad, burlona ahora, que corresponde a un caballero embozado? Esa duquesa es, en este momento, una simple mujer que – está a la vista y no te engañas, rey ilustre – acaba de entregarse muy gozosa al embozado. Esto está clarísimo; hombre y mujer nada más; pura naturaleza, señor; puro actuar del sexo si se quiere; títulos, nombres, prosapia, todo eso es nada ahora; hombre y mujer nada más. Y el hecho, en la antecámara del rey, en las propias reales narices.

El rey está erguido; su postura es ya serena; el rey piensa. *Esto en prudencia consiste*, se dice fijando su conducta. La dama tiene una crisis. ¡*Ay, perdido honor!*, exclama. El rey ha llamado. Acuden el embajador de España D. Pedro Tenorio y un guarda. El rey es inteligente. La decisión que muestra el embozado en su serena cortesía no enturbia ya la mente real, que ve la trascendencia del suceso con claridad magnífica; por eso delega el caso todo, prendimiento del embozado incluso, en el embajador Tenorio. El rey ha visto perfectamente claro;

su autoridad suprema indiscutible y su poder real están sufriendo un duro ataque, envuelto en una falta enorme de respeto. Porque ponerse frente al rey haciendo armas es una rebeldía al poder del rey. Hacer lo que este embozado hizo en la propia antecámara con una dama de Palacio, y lo que está haciendo al mantenerse encubierto y bien erguido ante el rey mismo, es un desprecio que tira redondamente al suelo la dignidad real. Y adiós principios. Por eso el rey no puede ver esto: no puede enterarse; es otro, el embajador, quien debe actuar rápido y con secreto, y así lo dice quedo el rey al retirarse, añadiendo la explicación de su conducta, *porque si yo aquí lo veo, no me queda más que ver;* o lo que es lo mismo: si yo aclaro por mí mismo este asunto, o se aclarase ante mí, sería el colmo del escándalo. El rey se hace el sueco. Es lo procedente.

El embajador va amenazante, derecho al embozado. Éste le contiene con un gesto y con palabras: no duda que en la lucha con caballero tal como es D. Pedro, él puede perder la vida; pero cuidado, porque *ha de ir tan bien vendida...*

El embajador se detiene.

¡Oh, vender la vida!, ha dicho el embozado. ¿La vida como un valor? Y para que nadie dude de

que la vida de su cuerpo vale, ha soltado palabras de mercader: Bien vendida, ha dicho. ¡Son tan duros los oídos de la gente!

El espectador no ha visto la cara al personaje. Sólo ahora, cuando el embajador D. Pedro Tenorio se ha parado ante él, contenido por su palabra, es cuando cae el embozo. Tras él había una faz serena, que sonríe finamente. La perplejidad del embajador es extraordinaria. Ha reconocido en ese joven, que ante él se mantiene con arrogancia, al hijo de su hermano D. Diego, el camarero mayor del rey de España. Este es su sobrino, a quien no nombra, sino a quien reprende y define, cuando el estupor le deja hablar, con dos palabras de reconocimiento: *¡Desobediente! ¡Atrevido!*, le dice, y nada más.

El joven sobrino sonríe al tío carnal, que es todo perplejidad y confusión, a través de la cual va concretándose un designio. El trabajo de la mente y del sentimiento del embajador son delatados por la dura reprensión indagatoria de D. Pedro, a quien el sobrino pone en más aprieto declarándole toda la verdad. Él engañó y gozó a Isabela fingiendo ser el duque Octavio, su prometido.

Este hombre atrevidísimo no miente nunca, sino burla, lidia y sorteja las dificultades con toda la per-

fección técnica que le es posible; por eso, como el lidiador de reses bravas, ventajea y arriesga, y hay momentos en que sale por pies: *No habrá aguilita que me alcance*, dirá su criado en una ocasión en que su amo le apresura a preparar la huída.

Ahora, ante su tío, está el personaje, no en terreno imposible y en absoluto riesgo, sino al contrario, bien seguro, y cometiendo otra burla tremenda: jugando con la fuerza de la sangre y el valimiento, porque su tío es aquí el embajador del rey de España, y su padre es, en la patria, válido del rey.

¡Desobediente! ¡Atrevido!, le ha dicho el viejo tío. Bien. ¿Pero no son éstos signos formidables de una arrolladora juventud? Quiere D. Pedro que su sobrino le dé una disculpa o un camino por el cual encontrarla. ¿Por qué no comprende el sobrino que lo hecho y el lugar donde se ha efectuado, ¡y con tan principal mujer!, son cosas que requieren explicaciones prontas?; porque el tiempo apremia, ¡se va y no vuelve! Y el hombre que ha sonreído siempre, apenas surge ante él la encubierta alusión al tiempo, a que está discurriendo el tiempo sin obrar, a que se pierde el tiempo, endurece la expresión de su rostro, y su palabra es grave cuando dice no dará más explicaciones, *que la habrá de dar siniestra*.

El tío D. Pedro está vencido. Ahora se le dibuja clarísimo el buscado designio: lo que ha de hacer es valerse de industria—*Industria me ha de valer*— para solventar lo inmediato sin escándalo máximo, proporcionando al rey satisfacción y al sobrino la fuga por uno de los balcones de la sala, remitiendo su castigo al cielo: *Castíguete el cielo, amén*, dice el industrioso embajador para terminar. Un suspiro le alivia. Acaba de soltar un fardo.

Al oírle, el personaje ha vuelto a sonreír y actúa. Ya está a caballo sobre el barandado del balcón que su tío le indicara como punto de huída. Todo está claro; este hombre es la claridad misma. No intentó escapar porque tenía que dejarse bien esclarecida la conducta del tío y bien redondeada su empresa. Conseguido ello totalmente, sonrío, a horcajadas sobre la baranda del balcón.

Sonríe perfilado en lo oscuro de la noche. El tallo nuevo de una planta del jardín se alza sobre la baranda, ajeno a todo lo que no sea henchirse plenamente con los jugos de la tierra y recostarse en el oreo letificante de la noche napolitana. Una estrella se ve fulgir en el cielo limpísimo, cumpliendo, impertérrita y magnífica, su órbita o prescrito camino, como diría Goethe. El hombre sonrío tranquilo, olvidado plenamente ya de todo el suceso

y del dolor posible de la duquesa Isabela; el hombre es un elemento más en el paisaje naturalísimo que encuadra el marco del balcón. Su sonrisa es el reboso letífico de su juventud.

Pero el viejo D. Pedro ve todo el cuadro navegando hacia un fin, y la visión neta de éste le hace fantasmal y de apariencia vana la figuración que ante los ojos tiene. Por eso no puede contenerse y dice en amenaza y advertencia dramáticas: *Esa juventud te engaña*. Mas el sobrino se ve y siente ahora ágil y seguro; la prueba está en que no lleva dolor ninguno, ¡pero si no se acuerda de lo acontecido!, y descende —míralo D. Pedro— con elasticidad maravillosa: ni un resbaloncillo, ni una duda, ni un tanteo para buscar apoyo al pie o asidero a la mano. ¿Le vendrá la vejez? ¡Bah!, ahora está plenamente contradicha. ¿No lo ve claramente D. Pedro? He ahí por qué el sobrino se le despide amable, y a sus palabras de advertencia y amenaza él contesta simplemente: *Con tan justa pretensión, gozoso me parto a España*.

Gozoso, que es más, mucho más, que alegre y que contento. No indagar el porqué de su gozo, ni el de nadie. El gozo es ser o estar en presente, vislumbre de la intemporalidad divina.

Gozo: manar de entraña; la razón no tiene nada

que hacer en ese surgir y correr naturalísimo de lo que se derrama y rebosa con lujo, letificando todo un momento de la vida. Por eso el júbilo es la epifanía o manifestación de gozo.

El gozo es siempre un don de gracia, un canto de alabanza que brota dentro sin saber muchas veces su palabra; como la fuente, surge sin conciencia del sonar que harán luego sus aguas al discurrir por las campiñas. Es más, a la fuente le tiene sin cuidado. Seductoras fuentes.

Indagar y procurar el gozo y aun su elogio, son siempre a posteriori de su presencia, cuasi milagrosa. Por eso son júbilos; canciones de garbo majestuoso; grandes carteles escritos en el sonar noble de los vientos; laudes: Salud día de fiesta y veneración eterna, para ti alabanzas y ante ti rebose mi júbilo con las maneras de una fuente.

Y gozo: paisaje fresco de la obra recién hecha. Ser feliz de las cosas y de los seres como en el primer día.

Y el gozo de vivir del personaje, que al dejarse caer en la sombra mayestática, pomposa y telúrica de la noche napolitana, se apropia el viejo y solemne texto formidablemente sonoro:

*Tantum ergo sacramentum veneremur cernui
et antiquum documentum novo cedat ritui.*

A saber: a un gran sacramento—como es la entronización del gozo de vivir—demos veneración, y los viejos documentos o costumbres cedan el puesto al nuevo rito.

Maléfico personaje ¡oh gran demonio! que sugieres palabras rimadas para cantar precisamente lo que tú no haces. ¿Pero no es esa versión precisamente tu cartel?

El personaje desaparece de la vista al saltar del balcón. Para viajar, un nombre, v. g.: Don Juan.

Doña Ana.

Ahí viene el marqués de la Mota, enamorado de doña Ana de Ulloa, y ella de él, contra la voluntad de su padre.

El marqués, valiente, calavera y parlanchín, cuenta a don Juan los trances de su amor, pues doña Ana—le ha dicho el marqués a don Juan apenas visto—ha sido prometida sin consulta. Y doña Ana le espera a él, y él se ingenia y martiriza buscando la manera de esquivar la vigilancia paterna.

Don Juan no conoce a doña Ana, y esa es una de las causas para que no le interese e importe; pero cuando la Mota ha puesto en ella los ojos será



hermosa. ¿No es así? Lo es, afirma el enamorado. Que es dama principal ya se sabe, y que la Mota la quiere ya lo ha dicho él mismo; pero ¿y élla, está él cierto de su cariño?, continúa don Juan fina y cortésmente sonsacando. Y el marqués responde: ¿Quererme?, y me escribe.

Sigue la plática. El criado de don Juan, que escucha, dice para sí: *No prosigas, que te engaña el gran burlador de España.*

Un poco despacio. ¿Te engaña o te burla? Porque no es lo mismo allá en el fondo, aunque para un criado sea igual.

Engaño se llama al capote; el toro acude al engaño, pero eso no es burlarlo o lidiarlo. Hay entre ambas palabras una diferencial de cualidad estética que la una tiene y la otra no. Engañar puede incluso una bestia. Burlar es sólo capacidad del hombre.

Porque hay palabras que con el uso se mondan y quedan limpias y lirondas, como la bijarra del río; mas otras se van cargando de adherencias en su rodar, presentando cara muy diversa. El engaño es —en gano o en gana— ganancia o apetito, bastedad siempre o, cuando más, simple instrumento, como en el caso del capote o muleta de torear.

De torear, burlar o lidiar, que es cualidad que

corre del espíritu o ingenio del hombre hasta su brazo.

Por eso el engaño es mentira y contingencia, y la burla, verdad y necesidad. De aquí que la materialización de un engaño, desde el punto de vista de su fin logrado, sea un hartazgo o una notación en el libro de contabilidad, mientras que la de la burla es sólo anotable en una canción: *La burlería*, en la que el gitano — hombre el más ágil para escurrir los bultos — vuelca lo irónico a torrentes. Por eso la burlería tiene de lo triste y de lo alegre y es siempre una manifestación de espíritu que, a causa de pudor, se viste con gracia.

El engaño no está ahora más que en el trabucarse del buen criado cuando nos habla; equivocación muy explicable, porque estando *España* ahí, en el verso segundo, reclama a voces un *engaña*. ¿Que si el burlador es de otra nacionalidad?; verbigracia: *No prosigas, que te lía el gran burlador de Hungría*. El verso es malo, aunque de Tirso. ¿Y por qué no un verso malo en Tirso? Además, eso trae ventaja, porque puede citarse sin desdoro. Se pueden citar malos versos a condición de ser un gran poeta, que dijo no sé quién.

No, Catalinón, tu amo no engaña; esto se ha visto en lo andado y se ha de ver, y se está viendo.

Don Juan acentúa un hecho o subraya un dicho para que el otro personaje –ese sí que puede decir engaño, porque irá a lo suyo –pueda asir del desig- nio; pero si el otro no lo hace, allá él. Don Juan –esto es esencial en su ser mismo –no quiere la ignorancia plena, quiere que quien se da con el testuz en el frontón de berroqueña, quien se pierde, haya podido no perderse, tener entendederas u ol- fato para husmear, viveza, vida, no estar ciego o dor- mido –*Importa no estar dormido*, dirá luego don Juan –; y si está ciego, que sea por obra de su pro- pio impulso de ambición o deseo. Don Juan deja siempre una puerta abierta para que la catástrofe sea obra propia –labor de perfecto demonio –. Don Juan puede decir siempre: vean, vean cómo, a pe- sar de todos los principios y razones en que y a que dicen creer y obedecer, acuden al engaño como el toro, afrontilados. Claro que D. Juan no dice esto nunca, porque él es hombre de hechos; pero lo transparece con tanta claridad y está tan a la vista no estándolo, y es tan natural, ¿no entendéis que se trata de ver y no ver, o sea de la pura razón ca- tólica?

Por eso le dice al marqués de la Mota: y si ella te quiere y te escribe, y te pide la saques del apuro en que se encuentra por haberse de dar a otro hom-

bre ¿por qué temes?, ¿por qué no avivas y obras?, ¿por qué pierdes el tiempo? Marqués, obra; *sacadla, solicitadla, escribidla y engañadla, y el mundo se abraza y queme.*

No hay duda; esto está claro y delatado en la prontitud accionante que envuelven las palabras con su doble filo, pues eso de *engañadla* no puede decirse en vano a un amador. He aquí el terreno de la burla: el lidiador colocado ante lo que está lidiando, y con el instrumento o el engaño en la mano. Pero esto ha de acentuarse más en este hecho, que es causa inmediata del desenlace de la vida de don Juan.

Por lo mismo, don Juan da ahora la única línea de su ser, que dibuja en palabras, pero lo hace sólo ante su criado, que le amonesta. *El mayor gusto que en mí puede haber es burlar una mujer y dejalla sin honor.* Cuando él se define en la única ocasión en que define, lo que hace lo califica de burla y no de engaño. ¿Está esto claro?

Tan claro como está el que va a ocurrir algo de enorme trascendencia. Se está fundiendo la bala que va a dar a don Juan la muerte, y aun la más tremenda: la eterna muerte. Don Juan lo ignora, no sabe que se está tejiendo – en esta temporalidad humana hecha con sucesiones de momentos – la

espantosa red donde ha de quedar preso; esa red que, imposibilitando toda burla, le obligará a meterse en el terreno del toro para hacerse un enredo o confusión, que va a resultar claridad. Porque hay un ser para quien no hay estorbos, entre otras razones porque el enredo de la lidia se deshace eliminando al lidiador, mandándolo al cementerio o al infierno.

El primer y único muerto a manos de Don Juan va a caer ante la vista del espectador; la espada de Don Juan, aún en su vaina, inicia ya la inexcusable finta. Por eso es en este preludio magno del final donde aflora más viva la burla de Don Juan. Su juego es tan brioso, que hace que la Mota quiera tomar por su intermedio y sin extrañeza una carta que Don Juan le traerá, e incluso se presta a un trueque de capas. Capas trocadas y revuelo de capas o capotes. El criado de Don Juan no puede contener un dicharacho al ver el truque, y teniendo seguro lo que se prepara a Doña Ana, dice al amo: *Echaste la capa al toro*, y el amo, jocundo, al revuelo de las capas, responde: *No, el toro me echó la capa*, porque la Mota, en efecto, le puso él mismo su capa sobre los hombros. El toro al embestir adorna con su furia al lidiador que le burla, echándole encima, revoladores y coloreados, los pliegues

de la capa. Es el momento de tensión en el prelude del final; por eso se mueve tanto el aire batido por capas revoladoras; es el instante anunciador de todo el prodigio; por eso salta aquí en boca de Catalinón, el criado, un hombre del pueblo, el mote definidor por excelencia, el nombre verdadero del personaje. *Es el Burlador de España*, dice Catalinón, no exento de orgullo y desde luego enfático.

Don Juan, al oírle, ha sonreído satisfecho: *Tú me has dado gentil nombre.*

El Comendador, Don Gonzalo de Ulloa, ha caído muerto a los pies del Burlador.

Fijemos un poquitín el lance:

El Burlador, en la sombra de la noche y envuelta su figura en la capa del marqués de la Mota, avanza en dirección a casa de Doña Ana. El Burlador desaparece en la sombra. Él se encuentra a gusto en el tal elemento.

Es mentira que la sombra esté poblada por brujas y por duendes y que la sombra sea angustiosa y estrecha. Al contrario, ella es lo más ancho, es el palacio inmenso, el caserón donde el ánimo flota sin riberas y uno se queda completamente solo. Solo consigo mismo; por eso a la gentuza le da miedo la sombra y, para disculparse del temor a sí

propios, dicen que en ella se ocultan los duendes y las brujas.

Cuando uno quiere pensar bien, se queda a oscuras, si es que el hombre tiene valor para ello. Cuando se está angustiado por la pequeñez y pobreza de la habitación, se apaga la luz, y he aquí un palacio.

El Burlador empezó su edificación, su cimentación, en la sombra. ¿Quién ha visto cimientos al sol, si no es en las ruinas? Por eso lo bien cimentado y arraigado, lo resistente y fuerte como buen árbol, mete sus raíces o cimientos en lo hondo, en las sombras.

En la sombra, en la noche, vuela el cántico de San Juan de la Cruz. Y el fino amador canta siempre en la sombra.

Porque el recato y el pudor no son más que maneras de poner a la sombra, de velar lo que vale: velar lo valioso para librarlo de miradas de ojos de gañanía; y velarlo como el buen caballero a sus armas.

Pero hay que ser alguien para salir con bien del baño que es la sombra, como para salir del mar. Porque la sombra y el mar pueden quedarse con uno haciéndolo náufrago o lechuzo; y porque al salir, el agua ciñe la tela y precisa tener buenas formas y firmes sin puntales.

Es la sombra elemento difícil. Hedla aquí como trapacera y alcahueta. A su amparo, crímenes y chanchullos, y en su aparente impunidad el tímido alarga su mano para tocar el nervio, que responde, a veces, con un chillido; a veces, con una bofetada; a veces, con un suspirín, ¡ay!; y a veces: *vamos, hombre, ¡al fin!, pues no necesita usted requilorios.*

En la sombra se pierde la vergüenza. ¡Luz, luz!, y que esa gente busque lo que se le ha perdido.

Difícil, difícil y probador elemento. Porque en la sombra no importa el ponerse colorado; y en ella no hay negro que valga; y a oscuras todos los gatos son pardos.

Lavarse, afeitarse, cuidar del aderezo porque hay luz, lo hace cualquier mixtificador. La cuestión está en hacer todo eso en la sombra y a sabiendas.

¡Cuánta barbaza y cuánta greña, si el mundo se quedase a oscuras! Por eso el oscurantista es siempre un sucio. Pero ojo: no confundirlo con el hombre de sombra, ni el trasnochador.

Porque ¡cuán mentirosa es la luz! Ella tiñe de colores las cosas, da falsas perspectivas: tan pronto remonta el cenit y, fluidísima, penetrando los objetos, hace la distancia inmensa y desvaría incluso los tamaños—un zagalillo, en la vislumbre de esa

colina y contra el cielo, parece un gigante —, como rebajando el punto cenital y espesándose, le mete a uno las cosas en la misma nariz.

Luz y sombra. Importa saber equilibrarse con este balancín.

—¿Por qué no enciendes el candil para afeitarte?—le digo a este campesino, a este don nadie, que se está rapando a oscuras.

—¿Para qué gastar luz, si no tengo espejo?—me contesta.

Resulta, pues, que no basta con tener ojos y con que haya luz. Es preciso reflexionar.

Muchas jóvenes susurran: apaga la luz.

Y algunas viejas dicen: ¡enciende la luz!

(¡Si serán tontas!)

¿Tontas, por qué? ¿No habíamos dicho que la luz es mentirosa? Pues por eso; la irreflexión es el engaño de sí mismo.

Y por eso la maniobra del interruptor que enciende y apaga, que hace saltar a la gente al baño y del baño, de la luz a la sombra y viceversa, es burlona maniobra y faena de burlador, que obliga a tropezar en los umbrales —de la sombra y la luz—, ocasionando que, en los roces, la gente pierda lo que dice *sus razones* y se vuelvan locos al ver que ya no cuelgan de su flanco las calabazas que les ser-

vían de flotadores. ¡Hay que ver lo que supone echar uno mano a su razón o calabaza y encontrarse en su lugar un pensamiento o un problema!

Dijimos que el Burlador caminaba en la sombra. Llega. La bella Doña Ana, como no tiene espejo, decide hacerse la barba a oscuras, igual que la duquesa. Pero alguien maniobró el interruptor y se hizo luz:

—*¡Falso, no eres el marqués!*—grita Doña Ana, y Don Juan responde:

—*Digo que lo soy.*

Doña Ana replica a gritos:

—*¡Fiero enemigo, mientes, mientes!*

¿Miente?

Un poco despacio. ¿De qué verdad se trata aquí? Porque no sea que nos ofusquemos tomando la razón por la verdad, esa razón que uno tiene para...

Aquí no se trataba, ¡oh, Doña Ana!, más que de escaparse con el hombre de su gusto, burlando a papá, que ha casado a su merced con otro sin su consentimiento libre: *Mi padre infiel. En secreto me ha casado, sin poderme resistir*, habías dicho a vuestro enamorado el marqués de la Mota. Se trataba, pues, de escurrirse por la sombra, haciendo burla del viejo padre, dejándole con un palmo de narices y en mal lugar, pues muy luego el pobre comenda-

dor habría de incumplir su palabra con aquel a quien prometió su hija, en vista del hecho consumado – de la fuga – que la niña presentaría.

¿Miente Don Juan porque, en efecto, no es el marqués? Desde luego, aquí, al amparo de la sombra, se ha metido un hombre que no es la Mota y que, al jugar la luz, ha hecho perder a Doña Ana su razón – su razón de fuga – y ha puesto en evidencia un engaño, o mejor dos: el no ser él la Mota y el que pretendía hacérsele a Ulloa, quedando además muy de relieve la mala sombra del marqués. ¿Pero es esta la verdad de que se trata?

Doña Ana va a seguir hablando a gritos:

– *¿No hay quien mate a este traidor, homicida de mi honor?*

La sorpresa no puede ser más grande: resulta que ahora Doña Ana sale con el cristo de su honor. Y Don Juan, hartado de voces, sonrío y sale.

Pero hay verdades que desencadenan la tragedia, y más aún cuando lo son únicamente desde el punto de vista de las razones que tiene quien las invoca. Y he aquí al triste comendador que *envuelto en sombras sale*, cegado como falena por la luz de la palabra lanzada por su hija. Doña Ana tiró a una burla y va a resultar otra. Son difíciles estos juegos de luz y de sombra.

Ya está Ulloa frente al embozado, que le pide paso: *Déjame pasar*. Y el comendador, espada pronta y negación sarcástica, responde: *¿Pasar?*, para lanzarse sobre la embozada sombra y caer muerto a sus pies.

La voz, en la sombra nocturna de la calle y desde la sombra del embozo, pidió paso, y Ulloa, desde su ceguedad, hubo de negarlo. Don Gonzalo, desde su oscuridad mental, no vió nada del juego ni se dió cuenta de que lo que tenía delante era un nuevo concepto de la vida en el entre dos luces de su amanecer.

Cree Ulloa poder exterminar, con la luz de su idea y sus razones puestas ahora en el filo de su acero, la sombra o embozado que tiene por delante, y como para él es clara la luz de sus razones, de ahí que sea tan ciega, sombría, su acometida, que le ensarta en la espada de la burlona sombra, que hace luz al mandar a Don Gonzalo a las sombras de la muerte.

—*Tú, la vida te quitaste*—dice claro la sombra embozada.

Y Ulloa, agonizante, asido al hilito de luz de sus razones honorables, responde:

—*¿De qué la vida servía?*—yacente a la luz del deshonor.

Mala sombra la del caballero Ulloa, a la luz del acero del Burlador.

Y Doña Ana, por no encontrar en esa sombra su vergüenza, se retira al sagrado de la reina: —*Fuese al sagrado Doña Ana, de mi señora la reina.*

Don Juan se escapa, se escurre por su buena sombra, para no caer en la mala o sombra negra de los esbirros y los jueces. ¿Porque quién conocería al Burlador *puesto a la sombra*, preso y en manos de la justicia constituída, de la que es su padre el amo, según él mismo dice, y en la cual son pardos todos los gatos, sin remedio?

Las evidenciadas a la luz de las burlas de Don Juan, vienen a la corte en reclamantes acompañadas de galanes las pobres y de deudos.

¡Luz!, ¡luz!, piden al rey. Reparaciones, o sean bodas; arreglos, o sean sombras.

Aminta.

Tú me has dado gentil nombre...

Y como poner nombre a la cosa es conocerla y posesionarse de ella, Don Juan, seguro ya de ser conocido, pisa firme el terreno de sus burlas y va a rematar en una cuarta hembra sus andanzas en torno a la mujer.

Aminta, la lugareña, es esta última; que se le entrega previa exigencia de matrimonio. ¡Casi nada; una lugareñita que consigue promesa matrimonial de un Tenorio, personaje rico y bien timbrado, que habla como un ángel!

La criatura se ha engordado de aire que le entró por el oído con las caldeadas palabras de Don Juan, en las que ella no percibió el aguijón irónico. Aminta, la cuarta y última, pues Don Juan vaca ya a más grandes empresas, lo toma tan en serio que, abandonada del galán, se hace llamar Doña Aminta. La pobre se ha hinchado como un globo, que asciende grotesco ocasionando risa y espectáculo. Porque Don Juan es un formidable director escénico, que cierra su actuación cerca de las mujeres con un apoteosis de ferias: soltando globos.

ANTONIO PORRAS

CRISTAL DEL TIEMPO

EL CLAVO ARDIENDO

SENTIDO COMÚN

El individuo se opone a la colectividad, pero se nutre de ella. Y es mucho menos importante saber a lo que se opone que de lo que se nutre. Como el genio, el individuo vale por lo que lleva dentro. Si nos referimos al pasado, vemos que la persona cristiana existía tanto como el individuo moderno: y un alma bien vale una diferencia. Toda vida psicológica es un intercambio, y el problema fundamental de la persona concreta es saber de lo que va a nutrirse.

Es muy difícil ser un hombre. Pero no es más difícil serlo profundizando la comunión con los demás que cultivando la diferencia; porque la primera nutre, con tanta fuerza por lo menos como la segunda, aquello por lo cual el hombre es hombre, que es aquello por lo que se sobrepasa, crea, inventa o se concibe.

(De André Malraux: *Le Temps du Mépris*.
Préface, págs. 11, 12 y 13. Paris, 1935.)

HABLAR EN CRISTIANO

El patio de mi casa
es particular:
cuando llueve se moja
como los demás.

I

El Congreso Internacional de Escritores de París ha tenido, como lo tuvo el de Moscú, acaso su sentido más claro y preciso para nosotros en la exaltación individual de un escritor, de una personalidad literaria. En Moscú, Gorki. En París, André Gide.

El día 22 de junio último, André Gide, cuya personalidad literaria representa, efectivamente, en Francia, quizás el más alto y puro prestigio estético y moral de la inteligencia, hacía oír su voz en defensa de la cultura con razones tales que bien merecerían ser aquí íntegramente transcritas. Me limitaré, sin embargo, a espigar algunas.

Para *esclarecer ciertas confusiones*, André Gide empezaba su defensa de la cultura diciendo:

«La primera (confusión) que encuentro, es aquélla que los »nacionalistas tratan de establecer entre internacionalismo y »desafecto, negación, desintegración de su propio país. Le »dan, con esto, a la palabra patriota, un sentido tan estrecho,

»cerrado y hostil, que no osaríamos ya nosotros emplearla.
»Somos algunos, somos muchos, los que no podemos admitir
»que el amor al país natal se nutra, sobre todo, del odio a los
»demás países. Respecto a mí, pretendo ser profundamente
»internacionalista sin dejar de ser profundamente francés.
»Del mismo modo que pretendo ser profundamente indivi-
»dualista en pleno asentimiento comunista y con la ayuda
»misma del comunismo. Pues mi tesis fué siempre ésta: *que*
»*solamente siendo lo más particular posible es como cada uno*
»*sirve mejor a la comunidad.* Y aún añado hoy esta otra
»tesis, consecuencia o corolario de la primera: que es en una
»sociedad comunista donde cada individuo, donde la particu-
»laridad de cada individuo, puede realizarse con mayor per-
»fección. O como lo ha dicho Malraux en un prefacio aún
»reciente y ya célebre: *el comunismo restituye al individuo su*
»*fertilidad...*

»Hablo en hombre de letras. No quiero hablar aquí más
»que de cultura y de literatura. *Pero es en literatura precisa-*
»*mente donde se realiza por completo este triunfo de lo gene-*
»*ral en lo particular, de lo humano en lo individual.* Nada
»más específicamente español que Cervantes; ni más inglés
»que Shakespeare; ni más ruso que Gogol; ni más francés que
»Rabelais y que Voltaire. Y, al mismo tiempo, nada más gene-
»ral ni más profundamente humano. Hace ya más de treinta
»años que vengo diciendo lo mismo. *Al particularizarse es*
»*cuando cada uno de estos grandes autores alcanza una común*
»*humanidad profunda.*»

Con esta tesis—la primera—, a nuestro parecer exacta, examina Gide luego, brevemente, el conjunto, que él llama artificial, ficticio, de toda la literatura clásica francesa; basando, en cierto modo, su razonamiento en un carácter, por así decirlo, lujoso de esta literatura. Se trataría, en definitiva, de subrayar como característica literaria un cierto aristocratismo eminentemente impopular. Diríamos, de paso, que es

esto lo contrario, exactamente lo contrario que le sucede, tomada en su conjunto, a nuestra literatura española.

Esta tendencia a lo artificial o lo ficticio, no probablemente muy exagerada por Gide, ha llevado a otros escritores franceses, en una oposición polémica, a defender precisamente eso: lo ficticio, lo artificial. Merodea alrededor de este esteticismo nada menos que el fantasma de Wilde con su *decadencia de la mentira*. André Gide se encara hoy, noblemente, con este fantasma, antes su amigo, que por curiosa paradoja se desliza ahora nada menos que entre las columnas de la *Acción Francesa*. André Gide denuncia esa mentira, hoy, con viva indignación moral: *no puedo creer—afirma—que la civilización se base forzosamente en la mentira*. Con razón señalaba Maritain respetuosamente la dignidad y nobleza, la autenticidad de la última actitud de Gide. Parece que este extremista apasionado ha llegado a polarizar, por fin, su extremismo en una consecuencia moral, o sea con una conducta comprometida, en un compromiso de conducta. De aquí la consecuencia o corolario de la tesis segunda y su inteligente desenvolvimiento en estas palabras que siguen: «Decir literatura es decir comunión. Lo que se trata de saber es con quién comulga el escritor. Se ha producido en cierta literatura, y particularmente en la literatura francesa, un fenómeno singular, y es éste: el caso de que un escritor de gran valor sea en su tiempo absolutamente inestimado. ¿Se dirá de este escritor que no escribe más que para sí mismo? Esto no es cierto. Porque esta comunión, que no puede obtenerse inmediatamente en el espacio, espera obtenerla en el tiempo: su público está esparcido en el porvenir. Así resulta a primera vista este escritor extraño, esotérico, porque su virtud no es sensible para los demás, sus cualidades pasan desapercibidas. Estoy pensando en Baudelaire, en Rimbaud, en Stendhal mismo, que pretendía escribir para la minoría diciendo que sus verdaderos lectores aún no habían nacido.»

»Es igualmente este el caso de Nietzsche, de Willian Blake,
»de Melville..., por no citar más que a los más grandes.

»En la obra de cada uno de ellos respira una poderosa
»fuerza de comunión, pero de una comunión con retardo (*a re-*
»*tardement*). Quiero sacar de aquí una gran enseñanza: que es
»la de que no hay que odiar a un escritor que ha empezado
»por dirigirse a muy pocos lectores. A mí me inquieta, lo con-
»fieso, haber escuchado en el Congreso de Escritores de Mos-
»cú a una gran cantidad de obreros de todas clases que pedían
»a los escritores que hablasen de ellos solamente, que les re-
»presentasen pintándolos como son. *La literatura no tiene, o,*
»*al menos, no debe tener, únicamente esta misión de espejo.*
»Hasta ahora, la literatura actual de la U. R. S. S. se ha con-
»tentado, aproximadamente, con esto, dándonos de este modo
»muchas obras interesantes. Pero no debe limitarse a ello.
»Se trata también, y quizás sobre todo, de ayudarle nos-
»otros a este hombre nuevo, al que amamos, al que quere-
»mos; ayudarle a que se deshaga de sus engorros opresores,
»de sus luchas, de sus falsas apariencias; se trata de ayu-
»darle a su formación, *a que se dibuje a sí mismo.* Esto es,
»por otra parte, lo que en ese mismo Congreso de Moscú ex-
»presaron admirablemente Bukarine, Gorki mismo y tantos
»otros. *La literatura no se contenta únicamente con imitar,*
»*sino que informa, propone, crea.* Los grandes desconocidos
»a que ahora me refería... han ayudado mucho más al conoci-
»miento que el hombre puede llegar a tener de sí mismo,
»tratando de alcanzar en ellos una sinceridad hasta entonces
»insospechada, que si se hubiesen contentado con presentar-
»nos un simple retrato del hombre tal como entonces se creía
»ser. Buscar la comunión con los demás: sí, sin duda. Pero a
»veces sucede que esta comunión no puede obtenerse en se-
»guida. Por mi parte (y me excuso de dar este ejemplo perso-
»nal), de familia burguesa, de formación burguesa, he senti-
»do desde los comienzos de mi carrera literaria que todo lo

»que había en mí que me parecía más auténtico, más valde-
»ro y valeroso, surgía como protesta inmediata y directa con-
»tra las convenciones, las costumbres, las mentiras del medio
»en que vivía. Y me parece imposible hoy, en la sociedad ca-
»pitalista en que vivimos aún, que haya una literatura que val-
»ga que pueda ser otra cosa que una literatura de oposición.

»Comulgar con su clase es para el escritor burgués impo-
»sible. Comulgar con el pueblo... Pues bien, creo que le es
»igualmente imposible mientras el pueblo no sea más que lo
»que es hoy; mientras el pueblo no sea lo que puede ser, lo
»que debe ser, lo que será si nosotros le ayudamos. *Lo único*
»*que podemos, mientras, es dirigirnos al lector desconocido,*
»*futuro; estando seguros de encontrarle cuando hayamos en-*
»*contrado en nosotros mismos aquello que sentimos en nosotros*
»*más profundamente e irreductiblemente humano.*»

Todo esto nos parece a nosotros tan claro, transparente, que me he limitado a subrayar, y creo que con ello basta, los enunciados de tan luminosa evidencia. Porque todo ello me parece—aludiendo y eludiendo el doble juego del vocablo—, que es, sencillamente, *hablar en cristiano*. Hablar en cristiano sin saberlo. Y el que quiera y pueda, o sepa, entender que entienda.

2

Mas sobre este fondo o panorama descubierto con tan mediterránea claridad, se advierte también la inmediata referencia al comunismo—y concretamente a la U. R. S. S.—, como al limo o levadura esperanzada de que surja la aparición del hombre nuevo; por eso añade Gide:

«Hoy, al hombre, al hombre nuevo, de lo que se trata,
»ante todo, es *de obtenerlo* (y en nuestro atormentado occiden-
»te estamos todavía muy lejos de eso). Estamos aún en un pe-

»ríodo de lucha. *Esta lucha no la queremos, no la deseamos*
»*por sí misma sino por su resultado.* Mucho menos que parti-
»distas somos, más bien, obtenedores.»

Se trata, entonces, de la obtención de ese hombre nuevo. Fuesen cuales fueran las precisiones técnicas de laboratorio revolucionario que se necesitasen para esto, esta obtención sería un hecho que, en definitiva, pudiera llamarse religioso, y escapa, en efecto, al menos en el pensamiento de Gide, a toda convicción científica y a sus métodos. Así vemos que Gide añade:

«En toda obra de arte duradera o sea susceptible de satisfacer apetitos siempre renovados, *hay siempre algo que es*
»*más y mejor que esas simples respuestas a las necesidades momentáneas de una clase de gentes y de una época.* La conveniencia de favorecer la lectura de las grandes obras, es indudable; y la U. R. S. S. con sus reimpresiones de Puchkine, con sus representaciones de Shakespeare, nos muestra mucho mejor la realidad de su amor por la cultura que con la publicación de innumerables producciones, muy interesantes, por otra parte, que glorifican su triunfo, pero que pudiera ser que no tuviesen más que un mero interés momentáneo. Y es que en lo que yo creo que se incurriría en un error sería en el empeño excesivo de querer enseñarnos lo que más importa o merece consideración en estas obras del pasado, tratando de acotar y precisar demasiado con esto la enseñanza que de ellas puede deducirse. *Pues, por lo pronto, ya es bastante enseñanza la que una obra ofrece por el hecho sólo de ser bella;* yo veo, en cambio, un cierto error, un cierto desconocimiento de la belleza, en ese empeño de querer buscar precisamente una *lección* que se deduzca de ella... Creo, por el contrario, que debe dejarse a cada espíritu en libertad para que interprete a su modo los grandes textos. Si así encuentra, a su vez, una enseñanza algo diferente de la que es corriente encontrar—iba a decir: oficialmente—, aunque se equivoque,

»en esa misma equivocación suya puede tal vez que halle más
»provecho que en una sumisión ciega a la opinión admitida.
»*La cultura trabaja por la emancipación del espíritu y no para*
»*su servidumbre.*»

Lo que espera Gide, después de estas palabras, del comunismo, es eso: *una liberación más completa, un estado social que permita el mayor desenvolvimiento posible de cada hombre; que le de a luz y que vigorice todas sus posibilidades.* Todas las posibilidades humanas. (*A nous la liberté!*) Y mirando a nuestro atormentado occidente empeñado hoy en estas luchas sociales, que casi le absorben por completo, André Gide termina su defensa de la cultura, por así decirlo, con acordes beethovenianos: *por el dolor a la alegría:*

«Hoy por hoy, toda nuestra simpatía, todos nuestros deseos
»y necesidades de comunión tienden hacia una humanidad
»oprimida, contrahecha, que sufre. Pero yo no puedo admitir
»que el hombre cese de interesarnos cuando cese de tener
»hambre, de sufrir y de estar oprimido. *Yo me niego a admitir*
»*que el hombre merezca nuestra simpatía solamente por ser*
»*miserable.* Y bien se yo que el sufrimiento, frecuentemente,
»magnífica: es decir, que cuando no nos prosterna, nos endurece, nos broncea. Sin embargo, yo me complazco en imaginar, en creer en un estado social en que la alegría sea accesible a todos; *en que haya hombres a quienes la alegría pueda*
»*también engrandecer.*»

Desde el infierno a través del mundo hasta el cielo, el cristiano Gide, el nietzscheano Gide—los extremos le tocan—, permanece intacto, y aun tal vez agrandado, fortalecido, al pasar de sus indecisiones de ayer a sus decisiones de hoy. Esa especie de puritanismo de la amoralidad que alguna vez le señalamos, reprochándoselo, se ha encauzado, al fin, en una profesión moral de fe, y por lo tanto de esperanza, que, en sí misma considerada, es una actitud religiosa, y que no se puede diferenciar en nada, esencialmente, de una fe religiosa

en cuanto a la actitud vital; y yo diría, con todos los respetos, que esto tanto por su heroísmo como por su puerilidad. Pues precisamente por esto se nos evidencia su entendimiento tan claramente, tan luminosamente. No quisiéramos equivocarnos viendo a su trasluz un significativo lenguaje espiritual, que es el que nosotros entendemos.

Como a través de otras afirmaciones, que diríamos de luz artificial, creemos encontrar todo lo contrario: un seudopaganismo materialista que viene a desembocar siempre en academicismos escayolados. Señalaríamos con esto a la posición, por ejemplo, de un Jules Benda, tan extremadamente contraria, tan exactamente ininteligente—o, al menos, para nosotros, ininteligible—. Y es curioso que coincidan en el orden literario e intelectual, como en el social y político, las mismas actitudes vitales o mortales de manifiesta indiferencia e irreligiosidad, inhumanidad, precisamente en todos aquellos que dicen defender o se dicen defensores del Orden y de la Cultura. Y es que como hay un orden social que no es más que un desorden uniformado: el orden literal de la muerte, hay otro, aparente desorden, que es, por el contrario, orden nuevo o trance de orden nuevo: el orden espiritual de la vida.

No es vana coincidencia ilusoria, de imágenes, de nombres, la que pone de un lado, al trasluz, en un fondo lúcido y profundo, ese radicalismo humano—que, ignorándolo tal vez sus mismos poseedores, contiene una afirmación espiritual tan cristiana del hombre—; y de otro, al revés, ese academicismo, idealista de nombre, vacío como una máscara y como una máscara exagerada manifestación material de su estúpida paganía.

Si la revolución se le aparecía a José de Maistre como satánica, cabía en ella la faz positiva, luminosa, angélica del demonio: mientras que en toda anti o contrarrevolución, siguiendo el mismo pensamiento de Maistre, podría decirse

que lo que se nos revela es la otra faz negativa de lo demoníaco; el corazón negro de la llama; las alas de murciélago del ángel caído.

3

¡El hombre nuevo! ¡Con qué seguridad de trazo, con qué primor de estilo *se dibuja a sí mismo* el que quiere enseñarle eso al hombre nuevo: a que lo sea, a que *se dibuje a sí mismo!*

Pero acaso sin ver, o sin decirnos, que el que *se dibuja a sí mismo* es ya un hombre nuevo: el hombre nuevo. Que el hombre, cuando es hombre, siempre es nuevo. Y que el hombre sea siempre nuevo es una de las primeras verdades del cristianismo. Del cristianismo no histórico, ni evolutivo o progresivo: del cristianismo revolucionario permanente. El cristianismo nos dice del hombre que se puede novar o renovar siempre, *haciéndose de nuevas*. Pues esto, y acaso no otra cosa, quiere decir evangelizarse.

También en el bajo fondo invisible de estas actitudes religiosamente comunistas late un mismo afán de comuniones evangélicas.

Hay que *hacerse de nuevas y descubrir mediterráneos* nuevamente con la decisión nobilísima con que lo hace André Gide en esta su defensa de la cultura.

Hace tiempo que el propio André Gide nos señalaba como la misión civilizadora de lo francés el haberle enseñado a dibujar al mundo. Buena lección de dibujo, o sea de pensamiento, esta otra que ha venido a darnos ahora en el Congreso Internacional de Escritores, y precisamente cuando un fervor ya casi popular le exaltaba a esa cátedra.

¡Ya quisiéramos que la entendieran, y atendieran, sus devotos de hoy, como lo hacemos o queremos hacer sus devotos de siempre!

Hemos visto cómo la defensa de la cultura vino a culminar en la esperanza del hombre nuevo. Y todo el sentido, la razón, el significado de esta defensa, arraigarse para florecer y fructificar, en definitiva, en el hombre, por el hombre, para el hombre. Para la novedad—o nueva edad—del hombre; y por consiguiente, para la libertad del hombre. Todo lo que en esta defensa humana se refiere al pueblo, lo hace en la dirección misma clásica y cristiana, moral y religiosa, de ese humanismo permanente. El pueblo sigue representándosenos de este modo como únicamente tiene sentido para nosotros: con una realidad personal; como persona y no como cosa o masa; como presencia espiritual y no material.

Y aún diríamos más: que para nosotros lo popular, siguiendo el razonamiento de André Gide, es la generalización, o mejor, universalidad, de lo más particular, lo más individual y singular del hombre: el juego puro, limpio y claro—racional o irracional, pero inteligente—de su espiritual libertad o novedad; de todas sus posibilidades humanas.

In memoriam.

No quisiera terminar este ligero comentario a la «Defensa de la cultura» de André Gide en el Congreso Internacional de Escritores sin evocar un nombre y un silencio que en mi recuerdo vienen juntos. El nombre del poeta René Crevel. El silencio de España, de una auténtica voz española, en este Congreso Internacional de Escritores.

René Crevel fué mensajero entre nosotros para la preparación de este Congreso. Permitidme establecer hoy una misteriosa y reverente, conmovida relación entre su muerte y esa ausencia o presencia invisible y muda española en el Congreso

de Escritores de París. Pudo o debió ser esta voz española la de Azorín, la de Ortega y Gasset o Unamuno, la de Ramón Gómez de la Serna... Pudo o debió ser, sobre todo, la del poeta Rafael Alberti.

Pero nuestro amigo René Crevel llevó un mensaje más profundo, como si subrayara con su muerte el vivo silencio actual de España: que en este silencio se concibe, entrañándose dolorosamente por una gestación oscura todavía, la constante esperanza popular española en la novedad del hombre eterno y de su lucha, la que en violentas sacudidas intermitentes, relampagueantes de sangre y luz, enciende aún nuestro horizonte.

¿Qué hay de España?

pregunta un personaje en una comedia de Lope, nuestro particularísimo poeta popular y universal español; y el otro le responde:

*No hay de España
cosa nueva, que no es poco.*

¿Que no es poco? Eso Dios dirá. — J. B.

... el ... de ...
... el ... de ...
... el ... de ...

... el ... de ...
... el ... de ...
... el ... de ...

... el ... de ...
... el ... de ...
... el ... de ...

... el ... de ...
... el ... de ...
... el ... de ...

... el ... de ...
... el ... de ...
... el ... de ...

... el ... de ...
... el ... de ...
... el ... de ...

... el ... de ...
... el ... de ...
... el ... de ...

... el ... de ...
... el ... de ...
... el ... de ...

... el ... de ...
... el ... de ...
... el ... de ...

... el ... de ...
... el ... de ...
... el ... de ...

... el ... de ...
... el ... de ...
... el ... de ...

CRIBA



LAS HORAS VIVAS

LO QUE HA VISTO EL VIENTO DEL OESTE

Hay momentos en la historia de la imaginación humana en los cuales el viento sopla del Oeste. Entonces, esa mar sin límites a la que Europa está adosada nos comunica su ímpetu que atravesando los pulmones viene a alimentar a las almas, a vivificar energías. Es un clamor profundo, una especie de pánico ¡hurra! que llena todo el cielo por el que atraviesan sin parar ejércitos en marcha: la inagotable migración hacia los interiores de la tierra de las nubes que, traspasadas por la luz de un rayo intermitente, pasan ante el ojo danzante de una luna desmelenada. Desencadenados en torrentes de aire y de agua, como escuadrones de lanceros que cargan al antiguo galope tendido de las invasiones de los bárbaros, todos los furores del Océano escalan los valles de nuestros cuatro ríos, precipitándose sobre la Galia, y blandiendo toda clase de armas, de harapos, de velos desgarrados. *La Marsellesa* canta desde los cuatro extremos del horizonte en todas las trompetas del huracán. La tierra bebe a borbotones esta copa salada que el Océano le pone en los labios y el alma humana se siente a la par saturada y superabundante de energía. Dilatada por este arrasamiento enorme que acaba de servírsele, comprende que el presente ya no le basta y que el momento de emprender nuevas empresas ha llegado.

(De Paul Claudel: *Sur Victor Hugo*.
Les Nouvelles Littéraires, 8 juin, 1935.)

SE ANUNCIA UN MUNDO NUEVO...

Paul Claudel: *El libro de Cristobal Colón.*

El hombre busca constantemente la alegría en la trascendencia, es decir, en el recuerdo. El ejercicio poético de su memoria le pone en contacto con el verdor de la tierra y con el discurso del tiempo, en cuyas aguas vivas busca el hombre su ser y lo dramatiza. El mundo entero, sonrosado por la hora del cielo, es nuestro testimonio; y la continuidad que nosotros establecemos con su totalidad es lo que, precisamente, se llama imaginación.

La doctrina poética tiene por fin sustantivo la ordenación luminosa de los seres, la pura verdad de las cosas. Su realidad, la realidad de la poesía, está estrictamente condicionada por nuestra fuerza terrestre y por su limitación divina. En cada imagen el poeta continúa su conocimiento de la Tierra y propone al mismo tiempo una demostración de su trascendencia.

Mientras la divinidad se manifiesta por la fe, la vida humana, la vida dramática, se manifiesta por la imaginación. La presencia de la gracia corresponde a la presencia puramente poética de las cosas, si tenemos en cuenta la radical insuficiencia del hombre. Esta transparente continuidad del mundo descansa sobre la experiencia de nuestro ser, es decir, sobre el tiempo mismo: el tiempo valora e ilumina nuestra dramaticidad.

La adhesión del poeta a una determinada forma imaginativa deriva siempre de algo posterior al nacimiento mismo de la poesía. El creador acepta la palabra para eternizar la nieve fugitiva de sus instantes o la milagrosa preferencia de su recuerdo. Pero el impulso inefable de quien depende primitivamente toda realidad artística es lo que da a la poesía su verdadero ser.

Las formas diversas de que se reviste la imaginación descansan, por lo tanto, en una radical unidad, en una sola y misteriosa primavera de la palabra.

Hay que admitir en su pureza esta fuerza inicial del hombre para ver hasta qué punto pueden tolerar una separación auténtica y profunda sus figuraciones artísticas, y cómo es casi siempre la coincidencia pura de dos dimensiones poéticas la que produce el milagro de la realidad. El instante crucial entre el drama y la lírica, la ardiente penetración de sus formas imaginativas, proporciona un ejemplo esencial de este sentido de la poesía. Cuando la imaginación coincide con la fe el destino del creador adquiere su luminosa transcendencia. En una misma transfiguración se declara nuestra sed de divinidad y esa fuerza terrestre que actúa sobre la palabra y la obliga a ser unas veces el pecho y otras veces la azucena.

Sorprendida la realidad en el curso transparente de su espíritu, una sola elocución verbal puede darnos la verdad de su ser, es decir, su ser musical.

La palabra que se colma o que colma a las cosas de su sentido hace cantar al hombre frente a Dios, como un agua viva. Este propósito mueve esencialmente a Paul Claudel en la elaboración de sus personajes dramáticos. La alegría y la desesperación de las figuras que pueblan su poesía se manifiesta con plenitud frente a la divinidad. La libertad humana que nos permite escoger nuestro destino origina el drama, lo conduce arduamente y le descubre el sentido de su transcendencia. En cada instante el hombre se halla comprometido y lo que

compromete es su pura continuidad, es decir, su eternidad. Ahora veremos la razón, únicamente religiosa, que hace mantener a Claudel, todo a lo largo de su poesía, esta reciprocidad luminosa de lo lírico y de lo dramático.

Por el impulso lírico llega el hombre a prescindir de todos los seres y a crear con ellos una relación de intemporalidad, es decir, una relación divina. Lo característico del lirismo es el olvido puro, como lo característico del cristal es la transparencia. La única substancia dramática que persevera en el poeta es el recuerdo, el tiempo mismo que es pura transparencia imaginativa. Por eso en el instante de culminación espiritual por que atraviesa su sentimiento, lo que el poeta trata precisamente de suprimir es el recuerdo, como la nieve sobre los campos verdes. La creación de la palabra nueva, la creación resplandeciente de la blancura, le aísla de la tierra y le comunica a la vez la existencia de una realidad diferente y absoluta.

Cuando esta presencia de la gracia corresponde dentro del hombre a una intuición positiva de la divinidad, y cuando se da en un ser capaz de dar forma artística a su fe, surge el cántico espiritual, que es una continuación directa o inmediata del hombre en Dios, una certidumbre poética de nuestra intuición celestial. La canción mística tiene su origen *en el fondo de la substancia del alma, en su centro más profundo, donde siente el alma la respiración de Dios* según la palabra de San Juan de la Cruz. Pero no es preciso mostrar hasta qué límite la poesía puede llegar a ser una pura imaginación musical de las cosas en la divinidad. En esta extremada manifestación de la corriente lírica el recuerdo se pierde luminosamente y la nulidad misma del tiempo es el principio de nuestra relación amorosa.

El tránsito del tiempo por el corazón da a la figura dramática su peso y sus dimensiones. La sangre no corre en balde y

el hombre lo sabe, desesperadamente. Por eso verifica su existencia con dramatismo: el gran teatro del mundo se le hace transparente a fuerza de arder él mismo sobre la tierra. Cuando el hombre se adentra por las aguas vivas del lirismo pierde el concepto del espacio, prisionero de la palpitante geometría celeste. Pero la figura dramática guarda una continuidad angustiosa con la distancia: la tierra limita su ser enteramente, en una teatral apariencia luminosa.

Por otra parte, toda acción humana realiza su ser en el tiempo y termina en él. El amor mismo carece de la transcendencia absoluta que le presta la intensidad de nuestro sentimiento: pura y verdaderamente se dramatiza y se consume entre las ciudades doradas y los ríos verdes que corren hacia el horizonte. Mientras la relación amorosa no es un camino espiritual de salvación no es, en realidad, nada. Cada instante arrastra nuestra pasión hacia su anonadamiento: precisamente en el punto que marca el límite del esfuerzo humano y el conocimiento profundo de nuestra pobreza.

¿De qué manera se verifica entonces esta traslación luminosa entre lo que es pura acción, puro acontecer terrenal, a lo que se caracteriza esencialmente porque ya no es o porque está dejando de ser? Este tránsito soterrado entre dos formas artísticas de expresión es fundamental en la poesía de Claudel y constituye el núcleo cristalino de su palabra dramática. No hay más que examinar la especial vibración de la poesía que Claudel pone en boca de sus personajes para ver hasta qué punto su imagen se sostiene sobre el perfecto devenir, como el agua corriente.

Al hombre le mantiene la fuerza de su propio deseo y su ineluctable solidaridad humana, como unas cuantas violetas a la orilla de la nieve mantienen la existencia de la blancura. Cada cuerpo se adhiere a la tierra por su debilidad y la vence a expensas de su luminoso esfuerzo divino. Este esfuerzo cons-

tante y desesperado del ser vivo, esta tensión oscura y apasionada de la naturaleza del hombre frente a la divinidad, es la que el poeta sorprende en la diamantina desnudez de su palabra.

Sólo la situación dramática del hombre frente a Dios es susceptible de perfeccionarse poéticamente de una manera absoluta. Cada acto vital encierra una infinita capacidad de perfección. El poeta colmará su finalidad en la medida en que profundice esta intrínseca riqueza del hecho humano. Es decir, en la medida en que lleve cada movimiento terrestre al extremo límite de su significación espiritual.

La manifestación religiosa de la poesía es el resultado verdadero de un proceso vital que comienza en la dramática actuación de nuestra personalidad, y que se perfecciona en la fervorosa violencia de nuestra encarnación lírica. El estilo imaginativo nace así condicionado por una realidad y por una sobrerrealidad luminosa que coinciden, sin anularse, a lo largo de la corriente poética.

Cuanto queda dicho trata de explicar el puro sentido religioso y la cristalina riqueza que desborda el teatro cristiano de Paul Claudel, en cualquier instante de su poesía.

Pero encuentra una aplicación inmediata en la figura de Cristóbal Colón, descubridor de la luminosa tierra de Dios, en cuya estricta realidad histórica el libre vuelo de la poesía se ve forzado a inscribirse. *Cristóbal Colón* es el último drama de Claudel: la honda línea poética que le dibuja sobre el fondo del tiempo le enlaza con el ambiente universal y desesperado que transparenta *El zapato de raso*, la luminosa e intrincada acción española a quien su autor puso por subtítulo un verso de Calderón.

Mientras en una obra de invención pura el poeta ejerce un dominio casi absoluto sobre su poesía, en la interpretación de un hecho histórico el impulso del creador queda condicionado a una serie de circunstancias, más o menos exigente, que

limita por todas partes la transparencia del encanto poético, pero que al mismo tiempo sirve para afirmar esta palpitación espiritual y esta milagrosa intimidad de las cosas heroicas. En *El libro de Cristóbal Colón*, la reina Isabel, silenciosamente recogida en su oratorio, divisa sobre el mar azul el blanco estremecimiento de una paloma, la comunicación de la fe, la invitación y la llamada irresistible de un mundo virgen al otro lado de las aguas y de la noche: el poeta no inventa nada, no pone nada de su parte, no hace sino descubrir el sentido oculto de las cosas; y cuanto él propone como explicación misteriosa de un acto de fe, la realidad misma se encarga de demostrarlo en la luminosa plenitud de su significación.

La simple definición de la imaginación dramática, según la entiende Claudel, reposa sobre este postulado esencial: *Mientras en la vida se piensa que son los caracteres los que implican la acción, aquí es la acción, ordenada de antemano, la que explica los caracteres.* En *El zapato de raso*, un imaginario rey de España contempla el estuario del Tajo, enrojecido por los fulgores del sol poniente, y en su palabra, como en un cristal, trasparece la necesidad verdadera y la dirección substantiva de la acción universal que le envuelve y de la que él no es sino una viva encarnación temporal: la investidura terrestre de nuestro desesperado destino heroico. La acción le explica y le caracteriza: la gran acción española del siglo XVI, la cristianización viva de la Historia y la incorporación a la fe de toda la prodigiosa tierra descubierta más allá de *esa gran pintura azul donde el remo de los galeones escribe incesantemente en blanco el nombre del rey de España.*

En la interpretación de un acontecimiento histórico la poesía tiende a la pura ordenación de las cosas según una previa concepción espiritual del mundo inherente al poeta: es decir, el descubrimiento de su transcendencia y de su perfección. La iluminación cristiana de la vida abre a los caminos

de la Tierra una perspectiva ilimitada y explica, hora por hora, el acerado sentido y la transparencia de nuestro sueño vital. Es decir, nos explica a todos y nos caracteriza de acuerdo con la realidad inmortal de nuestro deseo y de nuestra fe. La poesía nos da la certidumbre de esta realidad invisible como la negra perfección de la noche la estelar palpitación del agua viva.

El hombre dramatiza constantemente el curso puro de la Historia, enriqueciendo su propio sueño divino en la corriente luminosa del tiempo. Desde su penetrante punto de vista y con idéntica intuición de la naturaleza histórica del hombre dice Leopoldo Ranke que *cada época está en directa relación con Dios*. Por eso la poesía, al enfrentarse con el excepcional destino del héroe, se propone expresar, encarnando su realidad más profunda, la cristalina fecundidad de la fe y la providencial suscitación de la empresa heroica.

Cada entidad dramática es un resumen transparente de la lucha total en que se debate el hombre, cuyo luminoso desenlace sólo es perceptible a los ojos de la fe. La redención de la verde tierra maravillosa y de la nieve invisible perdida en el fondo de la noche atlántica, proporciona al destino de su descubridor una profundidad radical, como instrumento que traduce en el tiempo los designios de la divinidad. La transcendencia universal de la hazaña llevada a cabo por Cristóbal Colón sitúa su figura en el centro de una realidad heroica. Desde lejos, y verdaderamente, Paul Claudel perfecciona en su poesía la aventura de un hombre que puso su sangre y su fe al servicio de la transparencia del mundo. —L. P.

En manos del silencio

Poesías
de
Villamediana

presentadas por Pablo Neruda

JULIO
1935

... **M**I desgracia ha llegado a lo sumo con la desdichada muerte de nuestro Conde de Villamediana, de que doy a Vuestra merced el pésame por lo amigo que era de Vuestra merced, y las veces que preguntaba por el caballo del Palio.

Sucedió el Domingo pasado a primera noche, 21 de éste, viniendo de Palacio en su coche con el señor don Luis de Haro, hijo mayor del Marqués del Carpio; y en la calle Mayor salió de los portales que están a la acera de San Ginés un hombre que se arrimó al lado izquierdo, que llevaba el Conde, y con arma terrible de cuchillo, según la herida, le pasó del costado izquierdo al molledo del brazo derecho, dejando tal batería que aún en un toro diera horror. El Conde al punto, sin abrir el estribo, se echó por cima de él y puso mano a la espada, mas viendo que no podía gobernalla, dijo: *Esto es hecho; ¡Confesión, señores!*, y calló. Llegó a este punto un clérigo que lo absolvió, porque dió seña dos o tres veces de contrición, apretando la mano al clérigo que le pedía estas señas; y llevándolo a su casa an-

tes que expirara, hubo lugar de darle la unción y a absolverlo otra vez, por las señas que dió de abajar la cabeza dos veces. El matador ...tido de dos lacayos y del caballerizo de don Luis, que iba en una haca, porque favorecido de unos hombres que salieron de los mismos portales, asombraron haca y lacayos a espaldarazos, se pusieron en cobro sin haberse entendido quien fuese. Háblase con recato en la causa, y la Justicia va procediendo con exterioridades; mas tenga Dios en el cielo al desdichado, que dudo procedan a más averiguaciones. Estoy igualmente condolido que desengañado de lo que es pompa y vanidad en la vida, pues habiendo disipado tanto este caballero, lo enterraron aquella noche en un ataúd de ahorcados que trajeron de San Ginés, por la priesa que dió el Duque del Infantado, sin dar lugar a que le hiciesen una caja. Mire Vuestra merced si tengo razón de huir de mí, cuanto más de este lugar donde a hierro he perdido dos amigos. Vuestra merced me haga lugar allá que por ahora basta de Madrid y de carta...

Luis de Góngora.

(Carta a D. Cristóbal de Heredia. Madrid, 23 de agosto de 1622.)

EL DESENTERRADO

*CUANDO la tierra llena de párpados mojados
se haga ceniza y duro aire cernido,
y los terrones secos y las aguas,
los pozos, los metales,
por fin devuelvan sus gastados muertos,
quiero una oreja, un ojo,
un corazón herido dando tumbos,
un hueco de puñal hace ya tiempo hundido
en un cuerpo hace tiempo exterminado y solo,
quiero unas manos, una ciencia de uñas,
una boca de espanto y amapolas muriendo,
quiero ver levantarse del polvo inútil
un ronco árbol de venas sacudidas,
yo quiero de la tierra más amarga,
entre azufre y turquesa y olas rojas,
y torbellinos de carbón callado,
quiero una carne despertar sus huesos
aullando llamas,*

*y un especial olfato correr en busca de algo,
y una vista cegada por la tierra
correr detrás de dos ojos oscuros,
y un oído, de pronto, como una ostra furiosa,
rabiosa, desmedida,
levantarse hacia el trueno,
y un tacto puro, entre sales perdido,
salir tocando pechos y azucenas, de pronto.*

*Oh día de los muertos!, oh distancia hacia donde
la espiga muerta yace con su olor a relámpago!,
oh galerías entregando un nido
y un pez y una mejilla y una espada,
todo molido entre las confusiones,
todo sin esperanzas decaído,
todo en la sima seca alimentado
entre los dientes de la tierra dura.*

*Y la pluma a su pájaro suave,
y la luna a su cinta, y el perfume a su forma,
y, entre las rosas, el desenterrado,
el hombre lleno de algas minerales,
y a sus dos agujeros sus ojos retornando.*

•
*Está desnudo,
sus ropas no se encuentran en el polvo,
y su armadura rota se ha deslizado al fondo del in-
fierno,
y su barba ha crecido como el aire en otoño,
y hasta su corazón quiere morder manzanas.*

*Cuelgan de sus rodillas y sus hombros
adherencias de olvido, hebras del suelo,
zonas de vidrio roto y aluminio,
cáscaras de cadáveres amargos,
bolsillos de agua convertida en hierro,
y reuniones de terribles bocas
derramadas y azules,
y ramas de coral acongojado
hacen corona a su cabeza verde,
y tristes vegetales fallecidos,
y maderas nocturnas le rodean,
y en él aun duermen palomas entreabiertas
con ojos de cemento subterráneo.*

*Conde dulce, en la niebla,
oh recién despertado de las minas,
oh recién seco del agua sin río,
oh recién sin arañas!*

*Crujen minutos en tus pies naciendo,
tu sexo asesinado se incorpora,
y levantas la mano en donde vive
todavía el secreto de la espuma.*

PABLO NERUDA

En manos del silencio

SILENCIO, en tu sepulcro deposito
ronca voz, pluma ciega, y triste mano,
para que mi dolor no cante en vano
al viento dado y en la arena escrito.

Tumba y muerte de olvido solicito,
aunque de avisos más que de años cano
donde hoy más que a la razón me allano;
y al tiempo le daré cuanto me quito.

Limitaré deseos y esperanzas,
y en el orbe de un claro desengaño
márgenes pondré breves a mi vida.

Para que no me venzan asechanzas
de quien intenta procurar mis daños
y ocasionó tan próspera huída.

DESTAS lágrimas vivas derramadas
en mi paciencia un tiempo detenidas
hoy mis quejas se ven interrumpidas,
mas no con su razón acreditadas.

Aunque de más ofensas agraviadas
no dirán que se dan por ofendidas:
porque ganan el nombre de sufridas
no pierden el que tienen de calladas.

En manos del silencio me encomiendo
por no perder lo que sufriendo callo
por lo que con mis lágrimas os digo.

Y tan lejos de vos quedo muriendo
que aunque engaños que hacemos ya no hallo
y probar más remedios es castigo.

CUANDO por ciegos pasos ha llegado
a costosa experiencia el sufrimiento,
y de perdidas quejas tengo el viento
no menos condolido que cansado;

cuando apenas los yerros he colgado
en el sagrario del conocimiento,
con mayor fe y con menos escarmiento
vuelvo a servir contento y mal pagado.

Nuevo efecto de amor, no hay desatino
que no siga la parte del objeto
donde especie de bien cause su engaño.

Sólo el poder violento del destino
mi voluntad entrega a tal sujeto
que conociendo el yerro sigo el daño.

ES tan glorioso y alto el pensamiento
que me mantiene en vida y causa muerte
que no sé estilo o medio con que acierte
a declarar el bien y el mal que siento.

Dilo tú, Amor, que sabes mi tormento,
y traza un nuevo modo que concierte
estos varios extremos de mi suerte
que alivian con su causa el sentimiento.

En cuya pena, si glorioso efeto
el sacrificio de la fe más pura
que está ardiendo en las aras del respeto,

ose el Amor, si teme la ventura
que entre misterios de un dolor secreto
amar es fuerza y esperar locura.

CESEN mis ansias ya desengañadas
del prolijo anhelar de mis porfías,
cesen aquí las esperanzas mías
desmentidas primero que formadas.

No escarnecidas ya, sino avisadas,
mil voces lograrán orejas pías,
un sol verán mis ojos, y unos días
que consten de horas nunca adulteradas.

Destas ondas el claro movimiento
espejo es que me muestra en el más puro
cristal de sus orillas mi escarmiento.

Quedándole ya sólo por seguro
a mi querella el tribunal del viento,
a mi fortuna un esperar oscuro.

NADIE escuche mi voz y triste acento
de suspiros y lágrimas mezclado
si no es que tenga el pecho lastimado
de dolor semejante al que yo siento.

Que no pretendo ejemplo ni escarmiento
que rescate a los otros de mi estado,
sino mostrar creído y no aliviado
de un firme amor el justo sentimiento.

Juntóse con el cielo a perseguirme
la que tuvo mi vida en opiniones
y de mí mismo a mí como en destierro.

Quisieron persuadirme las razones,
hasta que en el propósito más firme
fué disculpa del yerro el mismo yerro.

ANDO tan altamente que no alcanza
al sujeto la vista; sólo verse
puede por fe, y por fe comprenderse
aquella excelsa luz sin semejanza.

Ni un átomo de sombra de esperanza
a mi suerte jamás puede atreverse;
antes llegó mi amor a prometerse
en vivo fuego bienaventuranza.

Que sólo lo inmortal respeta y ama,
nunca por lo posible se enajena,
como no aspira a causa transitoria,

antes si en la pureza de la llama
es la gloria lo acerbo de la pena,
no ha de poder faltarme en pena gloria.

OH cuánto dice en su favor quien calla!,
porque de amar sufrir es cierto indicio,
y el silencio el más puro sacrificio
y adonde siempre amor mérito halla.

Morir en su pasión sin declaralla
es de quien ama el verdadero oficio,
que un callado llorar por ejercicio
da más razón de sí, no osando dalla.

Quien calla amando sólo amando muere,
que el que acierta a decirse no es cuidado:
menos dice y más ama quien más quiere.

Porque si mi silencio no ha hablado,
no sé deciros más, que si muriere,
otro os ha dicho lo que yo he callado.

CALLAR quiero, y sufrir, pues la osadía
de haber puesto tan alto el pensamiento
basta por galardón del sufrimiento
sin descubrir la loca fantasía.

Sufrir quiero, y callar; mas si algún día
los ojos descubrieren lo que siento,
no castigéis en mí su atrevimiento,
que lo que mueve Amor no es culpa mía.

Ni aun ellos por mirar el propio objeto
de su felicidad merecen pena,
que basta la que sufren con su ausencia.

Mas ¿cómo podrá Amor estar secreto
dentro de un alma de esperanza ajena
si la piedad no esfuerza su paciencia?

OBLIGACIÓN CONFESADA...

OBLIGACIÓN confesada
muestra voluntad rendida,
ingratitude conocida
ni está ausente ni olvidada.

*En memoria que eterniza
mi queja y su obstinación,
con reliquias de carbón
amor me pone ceniza.*

*Mas tengo conocimiento,
por haber estado ciego,
que las cenizas del fuego
no las ha llevado el viento.*

*Conozco que desespero
y que con causa desmayo,
pues tienen fuerza de rayo
centellas de amor primero.*

*Errores de mi ventura
que sólo en mi ofensa para,
entregar la fe más clara
a la muerte más oscura.*

*Yo no me puedo advertir
de agravios apetecidos,
que no está para partidos
el que se siente morir.*

*Ingrata enemiga mía,
de mi fe sola diré,
que no obliga como fe
y causa como porfía.*

*Apetecer los engaños
del mal en que estoy muriendo,
mas ahora estoy viviendo
con nuevo ser viejos daños.*

*Venciste y fué la victoria
porque mi mal te convenza:
para memoria, vergüenza,
y sin vergüenza, memoria.*

*Si no acertare a servir,
si no se quiere obligar,
no se me podrá negar
que al menos supe morir.*

*Pasos de solicitud
si huyen los que desean,
ofensa propia granjean
con ajena ingratitud.*

*Duerme, que tu blando sueño
ha de lograr un cuidado
de un corazón no olvidado
de su primitivo dueño.*

*Que yo lloraré despierto
una ingratitud dormida,
que a negras sombras asida
a sus pies me tiene muerto.*

DEBE tan poco al tiempo el que ha nacido
en la estéril región de nuestros años,
que, premiada la culpa y los engaños,
el mérito se encoge escarnecido.

Ser un inútil anhelar perdido
y natural remedio a los extraños,
avisar las ofensas con los daños
y haber de agradecer el ofendido.

Máquina de ambición, aplausos de ira
donde sólo es verdad el justo miedo
del que percibe el daño y se retira.

Violenta adulación, mañoso enredo
en fe violada han puesto a la mentira
fuerza de ley y sombra de denuedo.



CUANDO en tu obstinación y tu osadía,
fortuna, mediremos nuestro intento?
Cuándo no te dará mi rendimiento
fuerzas, sino blasón a tu porfía?

Cuándo no adularán la tiranía
más mis ofensas que mis sufrimientos?
Cuándo a mil siglos del mayor tormento
le dará el hado intermisión de un día?

Mas ya que el no esperar es desengaño,
y al desengaño aviso no le pido
más que noticia al tiempo de mi daño,

cogeráme el agravio prevenido,
como quien echa menos el engaño
entre desesperado y advertido.

AQUÍ donde de uno en otro llego
y la razón me da conocimiento,
que sólo me ha enseñado el escarmiento
no lo puedo negar ni ya lo niego.

Hice costumbre del desasosiego
y desesperación del sufrimiento,
fineza hallé en continuo movimiento
y sólo huyendo dél tuve sosiego.

No ha menester descansos una vida
donde los sentimientos ya me dejan,
ni que sentir, señora, mi sentido.

No veré cosa que deseo cumplida;
los remedios por horas se me alejan
y el mayor he tomado por partido.

CUANDO me trato más, menos me entiendo,
hallo razones que perder conmigo,
lo que procuro más, más contradigo
con porfiar y no ofender sirviendo.

La fe jamás con la esperanza ofendo,
desconfiando más menos me obligo;
el padecer no puede ser castigo,
pues sólo es padecer lo que pretendo.

De un agravio, señora, merecido
siempre será remedio aquel tormento,
que cuanto mayor es más fe procura.

Porque para morir agradecido
basta de vos aquel conocimiento
con que nunca eche menos la ventura.

TARDE es, Amor, ya tarde y peligroso
para emprender ahora que mis quejas
hallen justa piedad en las orejas
que concluyó el desdén más riguroso.

Porque a tantos avisos no es forzoso
idolatrar los hierros de unas rejas,
ni juntar a fe nueva penas viejas
permite el tiempo a un ánimo dudoso.

Tus cadenas, Amor, tus hierros duros
mejor ya en mí parecen forcejados
que peligrosamente obedecidos.

Bienes dudosos, males son seguros,
y los desdenes más solicitados,
avisos con escrúpulo admitidos.

UN mal me sigue y otro no me deja,
si callo no me sufro a mí conmigo,
y si pruebo a quejarme, cuanto digo
nuevo peligro es, y culpa vieja.

Ya la noticia cumple que se aleja,
mas la distante voz de un enemigo
despierta las ofensas y el castigo
y la razón sepulta de mi queja.

¿Qué haremos, pues, sino morir callando,
hasta que la fortuna desagравie
razón tan muerta, sin razón tan viva?

Los preceptos inicuos tolerando
del tiempo, que aunque muera, que aunque rabie,
la voz no hable ni la pluma escriba.

TAL vez la más sublime esfera toco
de los orbes de amor do pruebo y siento
un infeliz cobarde encogimiento
con que imperfecta lástima provoco.

A mucho se dispone y vuela poco
mi osado y rendido pensamiento,
muy temeroso para atrevimiento
y para no atrevido ya muy loco.

¡Oh laberinto, oh confusión, oh engaño
en que estoy, la que sufro y el que sigo,
sin fe el remedio y sin aviso el daño!

Donde el hado infelizmente enemigo
es oráculo ya de un desengaño
que quiso ser remedio y fué castigo.

PASÉ los golfos de un sufrir perdido
y piélagos de ofensas he surcado,
de enemigos impulsos agitados,
de poderosas olas impedido.

Hoy, pues, menos quejoso que advertido,
de esperanza las velas he animado,
y debo a mi noticia haber tomado
en mar de sinrazón puerto de olvido.

Donde ya en dar benéficos alientos
a la violenta fuerza me libraron
del tiempo airado y de contrarios vientos.

Ya engañosas sirenas me dejaron
porque la falsa voz de sus acentos
mis diamantes oídos no escucharon.

AQUÍ donde fortuna me destierra
con vos estoy, señora, aunque sin veros;
por milagro este bien me hizo quereros,
que en lo demás ningún pesar me yerra.

Sin que pueda morir me falta tierra;
moriré en la memoria de perderos,
seguro con saber que ha de teneros
en sí mi alma donde amor os cierra.

A la vista inmortal del pensamiento
no se verá jamás que ausencia impida
lo que impide a mis ojos hoy mi suerte.

Ni yo desde tan largo apartamiento
tengo más que ofreceros que una vida
que de no veros es eterna muerte.

ARBITRO Amor entre esperanza y miedo
sigue natural fe de una porfía,
yo entre razón y voluntad debía
decidir solo, y más ambiguo quedo.

Piso ya el laberinto, en cuyo enredo
si luz me ciega, ceguedad me guía,
puedo conmigo, y no lo que querría
quiero de mí, y de vos lo que no puedo.

Si debiera poder, mas no asegura
razón Amor, que agora ingratamente
agravios da a beber a fe tan pura.

Sospechoso rigor cuyo accidente
ha hecho desdichada la ventura,
la fe culpa, y la queja conveniente.

BIEN podrá parecer si ahora canto
en triste voz al son de mi partida,
cisne que se despide de la vida
o vida que jamás despide el llanto.

Deshizo amor la fuerza de su encanto,
cobré la vista que tenía perdida
de sinrazones mi razón vencida:
puede más que un amor que pudo tanto.

Poblaré de suspiros los desiertos
no de quejas, señora, aunque más tenga
yendo a buscar la muerte que no hallo.

Si al daño vivo los remedios muertos
la tienen, que el amor me la detenga,
yo la llevo segura en lo que callo.

ENDECHAS

*ESCUCHAD, señora,
en congoja tanta
una voz que canta,
de un alma que llora.*

*En amargo llanto
desató la vida
en su mal rendida
quien os causa tanto.*

*Del ronco cantar
veréis claramente
que en mí es accidente
cuanto no es llorar.*

*Ojos enemigos,
siempre desdichados,
si sois castigados,
cómo sois castigos?*

*Los ausentes tristes
del más triste llanto,
con amargo canto
los interrumpistes.*

*Estos instrumentos
tan desacordados
sólo están templados
para mis tormentos.*

*En ansia mortal,
sin fin y sin medio,
es sólo el remedio
de mi mal, mi mal.*

*Quién habrá que tuerza
una inclinación
que tiene razón
y no sufre fuerza?*

*Mi verdad desnuda
os pone delante
un morir constante
y una razón muda.*

*Dejemos querellas
y queden suspensas
en mí las ofensas
y en vos el temellas.*

*En daños tan ciertos
no caben sospechas,
culpas quedan hechas,
los remedios muertos.*

*Al punto más fuerte
hoy diré que llego,
pues por fuerza entrego
mi suerte a mi suerte.*

*Y aunque está agraviada,
hablar no me deja,
ni que tenga queja
de muerte buscada.*

*Peligro es mirar,
y mayor no ver;
dejar de ofender
es dejar de amar.*

*La muerte que hallo
quiere amor que calle,
para que la halle
en lo que yo callo.*

*Yo sólo procuro
que diga el secreto:
mereció el respeto
un morir seguro.*

DESPUÉS que puse al pie dura cadena,
después que puse al cuello indigno yugo
besé el cuchillo y adoré el verdugo
que a muerte y a paciencia me condena.

En esta oscuridad, en esta pena,
ciego así, porque a ciega deidad plugo,
ni descanso yo más, ni el llanto enjugo,
ni llego a percibir aura serena.

Antes parece que el rigor violento
de astros se declaró, sino ofendidos,
de sus efectos mismos indignados.

Que les parezca venenoso aliento
para martirizar a mis sentidos
el disponer precioso de los hados.

ESTE gran Dios de amor, este enemigo,
sobre cualquier deidad temido y fuerte,
me asegura en un punto y me da muerte,
mostrando en mí su efecto y su castigo.

Mas tú, cruel, a quien adoro y sigo,
vencedora del tiempo y de la suerte,
das fuerza a su rigor para vencerte
por sólo usar de tu poder contigo.

Confíesote milagro de hermosura,
pero conozco en ti el exento efeto
que es el desdén de que el amor se ofende.

La pasión encubierta en arte pura
es el misterio libre de un sujeto
que en medio de las llamas no se enciende.

COMO Amor es unión alimentada
con pacto de recíproca asistencia,
en la mayor distancia está en presencia
por milagros de fe calificada.

Bien que el sentido, parte ya agraviada
de los prolijos vínculos de ausencia,
ciego se pierde y cede a la violencia
de rayo prometido en luz negada.

La porción superior, que unida vive
por misterio de amor a su sujeto,
con tenaces afectos está en gloria;

mas la vista ni logra ni consigue
si no es especies de presente objeto
negadas a la fe, no a la memoria.

AMOR es un misterio que se cría
en las dulces especies de su objeto,
de causas advertidas luz y efeto
y de ciegos efetos ciega guía.

Fraude que apeteció la fantasía,
imán del daño, acíbar del secreto,
de tirana deidad ley sin precepto,
de precepto sin ley leal porfía.

En cielo oscuro tempestad serena,
apacible pasión, dulce fatiga,
lisonja esquiva, lisonjera pena.

Premio que mata, alivio que castiga,
causa que propiamente siendo ajena
con lo que más ofende más obliga.

ESTA nueva deidad aprisionada,
y entre grillos y rejas no segura,
mueve el orden fatal de la ventura
con misteriosa mano arrebatada.

Cisne fénix de amor, ave dotada
del atributo de la luz más pura,
cuyo fraude en letargos de dulzura
nos entrega a la muerte idolatrada.

Los eternos sufragios escarnece
y en tribunal de apetecida pena
la causa esconde que el milagro hace.

Pasa el peligro al que el aviso ofrece,
y con la misma muerte que condena
a los que deja muertos satisface.

LA llama recatada que encubierta
la tuvo justo miedo de advertida,
vuelva ahora de afectos impelida
al sol que la fomenta descubierta.

Amor es quien la sopla y quien despierta
mi antigua pena al parecer dormida,
amor que alarga a mi deseo la vida
y no da vida a mi esperanza muerta.

Yo estoy muriendo en medio deste fuego,
en esperar, y no en sufrir, cobarde,
penas de olvido, olvido de mi muerte.

Mas no dejo de ver estando ciego
que no hay remedio, o bien que ya no tarde,
ni mal que contra mí no se convierte.

DESPUÉS que me llevó el Abril su día
mis ojos verdaderos son corriente;
dígalos Amor, que os rinde francamente
la parte que es más propia y menos mía.

Dulce error, felicísima porfía
del que menos distante más ausente,
vive con soledad entre la gente
y a solas en sabrosa compañía.

Aguas del Tajo, en vuestras repetidas
ondas, no ya de olvido mar se vea,
comunicad conmigo vuestra gloria.

Acordando mis lágrimas perdidas
al Abril más florido, porque sea
sufragio de mi muerte su memoria.

LLEGAR, ver y entregarme ha sido junto;
la deuda general pagada os tengo,
y a ser de vos injustamente vengo
condenado sin culpa en sólo un punto.

Padezco el mal, la causa no barrunto,
que yo sin esperanza me entretengo,
y sólo de adoraros me mantengo
vivo al servir, y al merecer difunto.

Quien sabe tanto y claramente entiende
que esperar algo es yerro sin disculpa,
con la intención no puede haber errado.

Miro y no hallo en mí de qué me enmiende;
mas si desdichas las tenéis por culpa,
¿cómo estará sin ella un desdichado?

EN el albergue caro donde anida
como en roca de honor beldad guardada,
toca la puerta presunción osada,
de soberano asunto conducida.

Y aunque sorda deidad como ofendida
a compasivo fin cierra la entrada,
insistirá mi voz desengañada,
nunca desobligada ni admitida.

Puerto fuera esta puerta de süave
ansia de amor, si amor, peligro eterno,
no la cerrara con esquivia llave.

¡Oh dura potestad, oh ruego tierno!,
donde con experiencia el alma sabe
che per porta del ciel se va al inferno.

DEFIÉNDEME DE ESTE MAL...

*DEFIÉNDEME de este mal
lo que el mismo mal me niega,
pues es tal que al alma llega,
y en ella queda inmortal.*

*Entiérrese mi querella
de su secreto vencida,
que no es bien que tenga vida
quien busca como perdella.*

*En los peligros buscados
se pierden los prevenidos,
remedios siempre perdidos
es muerte de desdichados.*

*Secreto yo te guardara
porque Amor manda guardarte,
si decirte y si callarte
la vida no me costara.*

*Quien sólo supo vivir
en desdichas confirmado
podrá morir confesado,
y confesando morir.*

*Una verdad por castigo
pudiera decir, señora,
mas es ya muy tarde agora,
y habrá de morir conmigo.*

